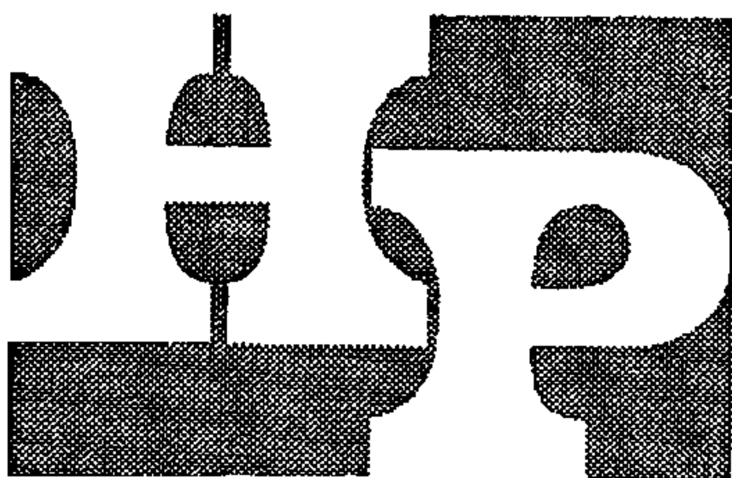



# Keith Luger

# UN EXPLOSIVO LLAMADO JANE





# Héroes de la PRADERA



# Keith Luger

## UN EXPLOSIVO LLAMADO JANE

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 352
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 30919-1976

Impreso en España - Printed in Spain

2.a edición: septiembre, 1976



Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

# CAPÍTULO PRIMERO

—Yo soy una Morgan y cuando una Morgan quiere una cosa, lo consigue pese a quien pese… ¡Compra ese ferrocarril!

Quien hablaba así era Jane Morgan, de veintisiete años de edad, hermosa y bella, esbelta, de cabello rojizo, seno abundante pero proporcionado para la estrechez de su cintura y la medida de su cadera. Sus ojos eran grandes de un color verde claro, unos ojos que confundían a los hombres después de maravillarles.

Se encontraba en su oficina de Dallas, y el hombre que la escuchaba era su secretario, Frank Perkins, un hombre de cuarenta y cinco años, moreno, de rostro bien parecido.

—Piden un cuarto de millón por la línea, Jane.

—Ofrece ciento cincuenta mil.

—No querrán vender.

—Venderán porque están con el agua al cuello. Lo sé bien, Frank, y también sé que no venderán por ciento cincuenta mil, pero llegaremos a un acuerdo en los doscientos mil dólares.

—Haré la oferta.

—Concédeles veinticuatro horas para responder.

—Es muy poco tiempo.

—Veinticuatro horas y ni una más.

—Sí, Jane…

—¿Qué otro asunto hay pendiente?

—Las minas de cobre de Copper City. El informe de los técnicos señala que el filón está muy profundo. Será antieconómico seguir la explotación.

—Dame ese informe.

Frank le pasó una carpeta que contenía varios papeles. La joven examinó éstos y finalmente dijo:

—Hay una solución, Frank.

—¿Cuál?

—Dinamita.

—Lo han tenido en cuenta y han desechado el empleo de la dinamita.

—Sé bien lo que pone aquí, Frank, pero los técnicos están equivocados.

—Ellos dicen que la montaña se puede venir abajo.

—Es la tontería más grande que he oído en mi vida. También he estudiado geología. Conozco el terreno de Copper City como la palma de mi mano. Admito que puede sobrevenir un derrumbamiento en la montaña del Eco porque está casi hueca, pero los demás montes están rellenos y podrán soportar cualquier carga de dinamita.

Frank se masajeó el mentón.

—Tendrás que firmar tú la orden.

—La firmaré.

—Ojalá no te equivoques.

Jane Morgan distendió los labios en una sonrisa.

—¿Me he equivocado alguna vez?

—Sí.

Jane frunció el ceño.

—¿Cuándo, Frank?

—Cuando te pedí hace seis meses que fueses mi esposa. Me contestaste que no.

Jane se echó a reír.

—No fue una equivocación. Tú no podrías vivir con una mujer como yo.

—Estamos viviendo juntos desde hace cinco años, desde que murió tu abuelo y tomaste la dirección de sus negocios.

—Ahora lo acabas de decir. Tú y yo somos muy buenos amigos, Frank. Nos comprendemos perfectamente, pero todo se echaría a perder si yo fuese tu mujercita.

—¿Por qué no probamos, Jane?

—No, gracias.

—¿Quién es mi rival?

Jane sacudió la cabeza sin dejar de reír.

—No hay nadie, Frank.

—¿Estas segura?

—Claro que lo estoy.

—¿Y qué me dices de Charles Hudson? Has cenado con él tres veces esta semana.

—Era necesario. Charles tiene un negocio en perspectiva. Va a construir barcos de guerra por cuenta del gobierno. Nos asociaremos… Charles quería ofrecerme un veinticinco por ciento, pero yo quiero un cincuenta y uno por ciento, para dominar la sociedad. Fue justamente durante la última cena cuando Charles dio su conformidad.

—De modo que fue puro negocio.

—Absolutamente.

—Llegue a pensar que te casarías con él.

—No quiero casarme en unos cuantos años, Frank.

—¿Y cuándo lo harás? ¿Cuándo seas una viejecita?

—Tengo mucho tiempo por delante.

—Los años pasan rápidamente. Jane.

—Eso es un tópico. El tiempo pasa despacio y te aseguro que yo lo saboreo bien.

—¿Llamas saborearlo a hablar siempre de negocios?

—También coqueteo.

—Conmigo no lo has hecho.

—Claro que lo he hecho, y por eso te sentiste obligado a pedirme en matrimonio.

—Eres terriblemente inmoral, Jane.

Ella rió vertida.

—No, no soy nada inmoral, puesto que sé cuándo detenerme.

—¿Sabes cómo te llaman los hombres del club?

—Jane «La Pantera».

Frank hizo un gesto de sorpresa.

—¿Quién te lo dijo, Jane?

—Tengo mi propio servicio de información y me gusta saber qué opinan de mí los hombres, especialmente cuando no estoy con ellos. Jane «La Pantera» —repitió—. Es divertido —levantó las manos y se las miró—. ¿De verdad creéis que tengo zarpas?

—Yo diría que sí.

—¿Por qué?

—Porque destrozas el corazón de los hombres.

—Oh, Frank, no te pongas cursi… ¿Qué otro asunto?

—Ah, sí, hay un tipo fuera que viene a presentar una reclamación.

—¿Una reclamación?

—Embarcó ganado en Cañón City en nuestro ferrocarril del Nordeste. El punto de destino era Balaclava. Resulta que la máquina se averió. —Frank consultó unos papeles—. Ringo Martin, que es el nombre de nuestro cliente, sacó su ganado de los vagones y los llevó hasta Balaclava por sus propios medios… Nos reclama trescientos cincuenta dólares.

—¿Y por qué diablos ha venido aquí? Hay un procedimiento. Que lo pida judicialmente.

—Dice que no puede.

—¿Por qué no puede?

—Se tiene que marchar.

—Eso a mí no me importa.

—Está bien, le diré que haga la reclamación judicial.

Frank salió de la estancia y, mientras tanto. Jane se miró otra vez las uñas. Sonrió recordando el nombre que le habían dado los hombres de negocios de Dallas.

Se abrió la puerta bruscamente y Frank entró dando trompicones. Detrás de él apareció un hombre que medía uno ochenta, de fuerte complexión, cabellos y ojos negros, rostro curtido por los elementos, de facciones enérgicas.

—Eh, señor Martin —tartamudeó Frank—. No puede entrar así.

—Pues ya he entrado.

Jane se levantó de un salto.

—¿Qué hace aquí, señor Martin?

—He venido a por lo mío. Y ya sabe a lo que me refiero. A los trescientos cincuenta dólares. Escúpalos, nena.

—¿Qué?

—¡No estoy para perder el tiempo y ya me hicieron perder media hora ahí fuera!

—Señor Martin, mi secretario me informó de su asunto. No podemos hacer nada por usted.

—¿No?

—Si usted cree que la Compañía del Ferrocarril del Nordeste le adeuda alguna cosa, demándenos ante los Tribunales.

—Ya le he dicho que no me gusta perder el tiempo.
—Yo no inventé la ley, señor Martin.
—Yo tampoco, así que podemos llegar a un acuerdo fácilmente entre usted y yo… Ustedes se comprometieron a llevar mi ganado de Cañón City a Balaclava y no lo hicieron.
—Fue por causa de fuerza mayor.
—Eso se lo cuenta al fogonero.
—¡Se lo estoy contando a usted!
—Quiero mi dinero.
—Si tiene derecho a una devolución, lo decidirán los tribunales.
—A mí no me la pega, señorita. ¿Cree que no conozco a los tribunales? Le darán la razón a usted.
—Si me la dan, será porque la tengo.
—Se la darán porque es usted la parte más poderosa.
—No discutiré eso, señor Martin.
—Yo tampoco lo voy a discutir, porque lo único que quiero es mi plata.
—¡Salga inmediatamente de aquí!
—Saldré cuando usted me haya dado los trescientos cincuenta dólares.
—¿Se atreve a desafiarme?
—Claro que me atrevo.
—Señor Martin, está usted en una oficina privada.
—¿De veras? Yo creí que estaba en una casa de baños —repuso Martin con ironía.
El bello rostro de Jane enrojeció.
—Señor Martin, tengo aquí muchos empleados.
—Sí, he visto a unos cuantos al entrar.
—Tengo contratada a gente especial para hacerse cargo de los tipos pesados como usted.
—¿Ah, sí?
—Sí, señor Martin. De modo que será mejor que se marche o me obligará a que llame a esos empleados especiales.
Martin se sentó en un sillón, cruzó las piernas y dijo:
—Ya puede llamarlos, señorita Morgan.
Los ojos de Jane chispeaban de ira.
—Señor Martin, está acabando con mi paciencia.
—Usted acabó ya con la mía… No consentiré que me estafe los

trescientos cincuenta dólares. Y no piense que voy a acudir a sus amigos los jueces de esta ciudad. Apuesto a que les hace un guiño de ojos y les derrite.

—¿Qué es lo que acaba de decir? —rugió Jane.

—Lo que ha oído, señorita. Usted está demasiado bien físicamente y ya me imagino los estragos que producirá cuando se presente ante los tribunales. Apuesto a que el juez la recibe a ladridos y con las dos patitas hacia arriba.

—¡Frank!

Su secretario, que estaba escuchando embobado, dio un respingo.

—Dime, Jane.

—Llama a los «Apisonadoras».

—¿A ellos?

—Sí, el señor Martin merece algo muy especial.

—Pero ese par de bestias…

—¡No discutas y llámalos!

—Como tú quieras.

Frank salió del despacho y la joven cruzó los brazos. Estaba todavía en pie y miró con ojos desafiantes a Martin.

—Cree que se va a salir con la suya, ¿eh?

—Si yo estuviese en su lugar, empezaría a poner sobre la mesa los trescientos cincuenta dólares.

Jane tragó aire.

—Señor Martin, lamentaría que saliese de aquí camino del hospital.

—No, guapa, usted no lo lamentaría. Está acostumbrada a hacer su voluntad, y para usted sería un triunfo el que me rompiesen unos cuantos huesos.

—¡Justo lo que va a pasar!

En aquel momento entró otra vez Frank, seguido de dos moles humanas, dos tipos tan grandes como Martin, pero con mucho más peso. Uno de ellos abrió la bocaza y dijo:

—¿A quién hay que aplastar, señorita Morgan?

# CAPÍTULO II

La hermosa Jane Morgan señaló al hombre que estaba sentado en el sillón con las piernas cruzadas.

—Ésa es vuestra víctima, muchachos.

Las dos moles humanas miraron a Martin. Los dos sonrieron. Uno de ellos era pelirrojo y el otro rubio.

—No hace falta que te metas tú, Bill —dijo el pelirrojo—. Me basto para ajustarle las cuentas a este muchacho.

Martin sacudió la cabeza y dijo:

—¿También saben hablar, señorita Morgan? Creí que estos gorilas sólo soltaban gruñidos.

El pelirrojo se frotó las manos.

—Así me gustan a mí de valientes.

Caminó hacia Martin.

Éste salió disparado del sillón y pegó un cabezazo al pelirrojo.

El gorila cayó de rodillas y, en esta posición, Martin le soltó un derechazo.

El matón se convirtió en una bola y embistió una mesa traída del Japón, un jarrón comprado en Florencia y un espejo de Versalles. Todo se convirtió en astillas.

Jane agrandó los ojos.

—¡Dios mío!… ¿Sabe usted lo que ha hecho, desgraciado? Rompió cosas por valor de cinco mil dólares.

—¿Lo ve usted, señorita? Si me hubiese pagado los trecientos cincuenta dólares, habría salido ganando.

—¡Bill! —gritó Jane al otro matón—. ¡Aplánalo contra el suelo!… ¡Quiero verle convertido en… en…!

—En una piltrafa —le ayudó el propio Martin.

—¡En un pingajo!

Martin se dirigió a Bill:

—Anda, muchachito, ven a cumplir con tu obligación. Tu amita te promete un gran trozo de carne para después.

Bill soltó un rugido y se lanzó sobre Martin.

Martin se apartó en el momento oportuno y Bill pegó un zarpazo al secretario Frank, el cual vio que se había quedado sin medio traje. Trató de cubrirse con el resto del pantalón para que no se le viesen los calzoncillos.

Bill se volvió soltando otro rugido y otro zarpazo. El muy bestia destrozó la mitad de la mesa de la señorita Morgan.

—¡Bill! —gritó Jane—. ¡Es a él a quien tienes que destrozar y no la oficina!

—Sí, señorita —dijo Bill, un poco aturdido, porque su inteligencia era muy pequeña.

Martin aprovechó ese titubeo para meterle un puño en el hígado.

El gorila Bill empezó a ponerse morado.

Martin le descargó otro par de golpes en los riñones.

Bill se dobló hacia la derecha y entonces Martin le incrustó el puño entre los dos ojos.

Bill se puso bizco y, todavía en el aire, pegó un zarpazo y aplastó un sillón. Luego cayó al suelo, haciendo temblar las paredes, y quedó quieto.

Jane Morgan no podía salir de su asombro.

Martin se frotó las uñas en la solapa de la chaqueta y se encaminó hacia lo que quedaba de mesa.

—¿Me da los trescientos cincuenta dólares o me los cobro yo, preciosidad?

Jane dijo:

—¡Es usted un bestia, un animal, un salvaje…!

—¿Soy todo eso porque no me dejé aplanar por sus «Apisonadoras»? Señorita Morgan, ya le dije que no puedo perder el tiempo. ¡Deme los trescientos cincuenta dólares o aquí pasará algo más gordo todavía!

—¡Le daré los trescientos cincuenta dólares!

—Bien pensado.

—¡Pero le denunciaré al *sheriff*!

—Hágalo. Será el hazmerreír de la ciudad.

—¡Frank! Dale los trescientos cincuenta dólares y que se marche al infierno.

Frank se buscó en el traje, pero resultó que la cartera había quedado en los restos que estaban en el suelo. Por fin sacó el dinero y se lo entregó a Martin, el cual, después de contarlo, dijo:

—Da gusto cuando se llega a un acuerdo entre amigos.

Jane cerró los puños con fuerza.

—¡Márchese, señor Martin, o me va a dar algo!

—Eso quiere decir que está mal de los nervios. Deje los negocios, señorita, y váyase a pescar. No hay nada como la pesca para tranquilizarse.

—¿Ya terminó?

—Era un consejo que quería darle porque, tal como la veo, la creo capaz de empezar a mordiscos con el pobre Frank.

—¡Frank!… ¡Frank!… ¡Frank!…

—Aquí estoy, Jane.

—¡Que se vaya ese hombre!… ¡Que se vaya!

Frank, con lágrimas en los ojos, dijo:

—Señor Martin, márchese y le daré otros cinco dólares.

—Trato hecho.

Frank le entregó el billete de cinco dólares, Martin observó el billete por los dos lados para ver si era bueno y lo juntó con los otros.

—Hasta la vista.

Jane hizo rechinar los dientes.

—¡No le volveré a ver a usted en mi vida!

—¿Quién sabe? El mundo es muy pequeño.

Martin, ya en la puerta, señaló a los dos gorilas que estaban sin conocimiento y añadió:

—Por favor, señorita, dígales cuando despierten que no les guardo rencor, y que siempre estaré dispuesto a pagarles un trago.

Miró al secretario y agregó:

—Y usted, Frank, no debe estar así, hombre. Póngase un traje decente.

—Sí, señor, me lo pondré en cuanto usted se haya ido.

Martin hizo un saludo con la mano y salió de la oficina.

Jane quedó con los ojos fijos en el hueco, como si estuviese sonámbula.

—Frank, dime que todo esto ha sido un sueño.

—Dímelo tú, Jane.

—Entonces, los dos estamos despiertos.

—Eso te lo puedo jurar por mi abuelo. Si el bestia de Bill me agarra bien, se me lleva cuatro costillas.

Jane se dejó caer en el sillón, cerró los ojos y dijo:

—Frank, hazme un favor.

—Sí, Jane.

—Nunca me recuerdes esta escena. Ringo Martin no ha existido.

—¿Ni siquiera llegó a nacer?

—No, Frank. Sólo fue una pesadilla… Simplemente eso: una pesadilla.

Ringo Martin entró en el *Saloon* Pierna de Seda.

Una bella *girl* corrió hacia él.

—¡Pero si es Ringo Martin!

—Hola, Julie.

—Mi queridísimo grandullón, mi adorado piernas largas…

Se colgó del cuello de Martin y éste la tomó por la cintura y la levantó en el aire. Se besaron.

—¿Qué haces por Dallas, Martin?

—Vine a cobrar una factura.

—¿No trajiste ganado?

—No, esta vez sólo fue un asunto particular.

—¿Cómo te va en el rancho?

—Muy mal. Tuve que vender mi ganado antes de que se muriese.

—¿La sequía?

—Así es, Julie.

—He oído a otros rancheros que están establecidos por tu comarca y todos dijeron lo mismo. Que llevan dos años sin saber lo que es la lluvia.

—Lo peor es que se secaron los pozos.

—¿Y qué harás ahora con el rancho? ¿Lo venderás? —Nadie compraría un montón de maderas carcomidas y resecas.

—Así que te has retirado…

—Sólo de momento.

—¿Y qué vas a hacer ahora, Ringo?

—No lo sé.

—Yo te diré lo que harás. —Y agregó, con una caída de pestañas —: Quererme mucho.

—Eso ya está hecho —rió Martin.

Ella le besó con fruición, los labios entreabiertos.

De pronto, un hombre golpeó en el hombro a Martin.

—Eh, usted, piernas largas.

—¿Qué pasa?

—Que esa chica la tenía yo.

—Perdone.

—Eso está mejor.

—Se la devolveré dentro de unas horas.

—¿Cómo ha dicho?

—Dejaremos que sea ella quien elija.

—Te elijo a ti, Ringo —repuso Julie.

—¿Lo oyó, muchacho?

Su rival era fuerte, con el pecho como un barril, los brazos poderosos, y cada puño parecía un melón. Sonrió enseñando unos dientes grandes y parejos.

—Oiga, mequetrefe. La chica es mía, y cuando Paul Lemon dice eso, todo el mundo lo tiene que respetar.

—¿Me quito el sombrero?

—Y si quiere lo pone en el suelo y yo lo piso.

—Trato hecho, excelencia…

Se quitó el sombrero, pero al mismo tiempo le pegó con la izquierda en el mentón.

Paul Lemon salió despedido con la velocidad de una locomotora, y arrolló todo a su paso: mujeres, hombres, mesas, sillas…

Pero se levantó mientras las *girls* pegaban chillidos.

—Oiga —dijo—, no se marche. Tengo que darle un recado de parte de estos dos puños.

—No se quede con las ganas.

—Allá voy.

Paul echó a correr.

Ringo, cuando su enemigo llegaba, saltó a un lado y le enganchó el tobillo con el pie. Paul empezó a volar y soltó un alarido al ver que se iba a caer sobre el piano.

Su cálculo fue exacto. El piano reventó esparciendo por el *saloon* teclas, cuerdas y al pianista, que era de Kansas City.

Paul se levantó tambaleándose, pero finalmente cayó en el suelo.

Julie besó a Ringo en la boca.

—Amor mío, sigues siendo el animalote que yo conocí.

—¿Por qué la gente es tan pendenciera, Julie?

—Es lo que yo me pregunto. ¿Me invitas a cenar?

—Claro que te invito a cenar.

—¿Adónde me llevarás?

—Adonde tú quieras.

—¿Lo dices en serio?

—Desde luego.

—Entonces elegiré el restaurante más caro de la ciudad, ya sabes, donde va la crema.

—Trato hecho.

—Pero me dejarás que me arregle un poco. He de ponerme de tiros largos.

—De acuerdo. Me daré una vuelta por el hotel. Estoy esperando a un tipo. Quiero saber si ha llegado ya.

—Eh, que estropeará nuestra cena.

—No te preocupes. Si ha llegado, quedaré citado con él para después. Volveré por ti en una hora.

—Sí, Ringo.

Se dieron otro beso y Ringo se fue al Hotel Dakota.

El empleado del registro era un tipo de cabello engominado y bigotito ridículo.

—¿Ha llegado Tony Land?

—No, señor Martin.

—Está bien. Si viene, dígale que voy a cenar con una amiga, pero que regresaré en un par de horas. Que se hospede aquí.

—Sí, señor Martin.

Ringo se fue a la oficina de un agente de Bienes Raíces: la de Pierre Havilland.

—Hola, Ringo —dijo el agente, estrechando la mano de su visitante—. Siéntate y ponte cómodo.

—Pierre, ya sabes que me fue mal con el rancho.

—Les ha ido mal a todos los de la comarca del Río Madroños.

—¿Qué río ni qué pepinos en vinagre? Ese río está seco desde hace dos años, y por el cauce no ha vuelto a circular ni un chorrito de agua. Bueno, no he venido a quejarme. Tú me vendiste el

rancho, y aquí estoy ahora, para que me lo compres.

—¿Quieres un dólar por él?

—No estoy para bromas.

—Un dólar resultaría caro, te lo aseguro, Ringo.

—Oye, Pierre, conozco tu negocio. Puedes comprar mi rancho por quinientos.

—¿Crees que estoy loco?

—Se está hablando de construir una presa en el río Pecos. Cuando eso ocurra, toda la comarca del Madroño quedará surtida de agua y no hará falta esperar a que llueva. Tú puedes aguantar el tiempo necesario para que mi terreno se convierta en algo bueno. Y recuerda que yo te lo compré por mil quinientos.

—Eso que dices es pura filfa. Admito que se ha hablado de construir la presa, pero ya sabes lo que ocurre con esas cosas. Es posible que los dos nos muramos antes de que se construya. Pero eres un amigo y te quiero echar una mano. Te pagaré cien dólares.

—¿Me estás echando una mano para estrangularme? ¡Menudo sinvergüenza estás tú hecho!

—Ringo, te aseguro que, pagándote cien dólares, hago un sacrificio.

—Te voy a romper la boca para que llores con motivo.

Pierre Havilland era un tipo gordo, con mofletes. Sudaba a toda hora. Sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente.

—De acuerdo, tú ganas. Ciento cincuenta dólares.

—Debería hacerte tragar la escupidera, pero no quiero darte un disgusto. Estoy de acuerdo en los ciento cincuenta dólares. Prepara los documentos para mañana.

—Los tendré preparados.

Martin salió de la oficina de Havilland y se dirigió al Pierna de Seda.

—Eh, Ringo —oyó una voz.

Era el *sheriff* de Dallas, David Reynolds.

—¿Cómo estás, *sheriff*?

—Muy bien hasta que tú llegaste, Ringo.

—¿Qué pasa? ¿Te salió de pronto la escarlatina?

—Es algo peor. Cada vez que te veo, se me anudan las tripas.

—Pues toma bicarbonato.

—Gracioso, muy gracioso —el de la placa hizo una mueca—.

¿Cuánto tiempo estarás aquí?

—De un día a cien años. Depende.

—No busques camorra.

—*Sheriff*, no está bien que digas eso. Ya sabes que soy un tipo con toda la paciencia del mundo. Hasta luego.

Martin se apartó de Reynolds, pero apenas había recorrido cinco metros cuando dos tipos se le interpusieron en el camino.

—¿Ringo Martin? —preguntó uno de los dos sujetos, con la cara llena de pecas.

—Sí.

—Soy Douglas Lemon, hermano de Paul Lemon, el tipo al que pegaste en el *Saloon* Pierna de Seda. Y éste es Richard Lemon.

—¿Otro hermano?

—No, Ringo. Éste es un primo.

—¿Y qué quieren?

—No nos gustó lo que hiciste con Paul.

—Él se lo buscó.

—Tú te buscaste otra cosa.

—¿El qué, por ejemplo?

—A mi primo y a mí se nos ha ocurrido que vayas al abrevadero, que te eches de cabeza en él y que bebas unos cuantos litros de agua.

—¿Algo más?

—Luego saldrás del abrevadero y te revolcarás por el suelo hasta que quedes lleno de polvo.

—¿Eso es todo?

—Sí, Ringo, eso es todo.

—Pues allá voy.

Dio dos pasos hacia el abrevadero y de pronto se volvió pegando puñetazos.

Douglas y Richard Lemon, que eran dos hombretones de saludable aspecto, retrocedieron hacia la pared.

—¡Los dos a una! —gritó Douglas.

Martin saltó dejándoles pasar y entonces pegó a Douglas en la nuca y éste emprendió una alocada carrera que terminó en el abrevadero, donde cayó de cabeza.

Richard Lemon gritó:

—¡No, Douglas, no!… ¡Es él quien debe estar dentro!

Ringo le dijo:

—Es lo malo de pelear dos contra uno. Que los dos terminan por hacerse un lío —y le soltó la izquierda.

Richard Lemon corrió también como un diablo y pegó un salto y se metió en el abrevadero. Éste no pudo contener a los dos primos y reventó.

Los Lemon se revolcaron en el suelo, llenándose de polvo.

El *sheriff* David Reynolds, que no se había perdido la escena, se acercó a Ringo.

—Conque un tipo con toda la paciencia del mundo…

—Sí, *sheriff*. Ése soy yo.

El representante de la ley se pasó una mano por la cara.

—Ringo, por lo que más quieras, no te quedes mucho tiempo en la ciudad.

Martin le pegó una palmada en la espalda.

—Te invito a un trago.

—Invitación rechazada.

—No es soborno.

—No, no lo es, pero por si acaso. Ringo, ¿sería demasiado pedirte que te estuvieses quieto, sin meterte en ningún lío?

—Tengo que darte una buena noticia. Durante las dos próximas horas estaré con Julie. La he invitado a cenar, de modo que no puede pasar nada.

—Menos mal.

Martin le hizo un saludo con la mano y se encaminó al *saloon*. Bebió un par de copas y por fin apareció Julie, que estaba preciosa con un vestido de terciopelo verde.

—Estás hecha un bombón, Julie.

—Vámonos, tengo ganas de divertirme.

Fueron al restaurante de Jean Champlin, un francés que había llegado de Nueva Orleans y que se estaba haciendo de oro.

De pronto Martin tropezó con una silla.

—Perdón… —dijo, y sonrió al ver que la joven que se sentaba en la silla era la mismísima Jane Morgan.

# CAPÍTULO III

—¡Usted! —exclamó Jane Morgan.

—¿No se lo dije? El mundo es un pañuelo. —Ringo miró a Frank —. Le sienta bien este traje, pero ya se lo manchó.

Frank se había quedado embobado llevándose la cuchara a la boca, y ahora la cuchara estaba vacía, porque le había caído la sopa en el pantalón.

—Ya empieza la tragedia —gimió.

Martin dedicó una sonrisa a Jane y siguió andando con Julie. Tomaron posesión de una mesa.

—Caramba, Ringo —dijo Julie—. No sabía que te relacionases con gente de tanta altura.

—Yo lo mismo estoy arriba que abajo…

Llego un camarero de cara triste.

—Ringo —dijo Julie—. ¿Puedo pedir lo que quiera? —Puedes comer lo que desees, excepto al camarero.

El empleado sonrió con amargura.

Julie hizo un pedido abundante y Ringo se conformó con asado de carne.

En la mesa de Jane Morgan no se habían arreglado las cosas.

—Ese hombre me pone nerviosa, Frank —dijo ella.

—A mí también.

—Pero muy pronto recibirá su merecido.

—¿A que te refieres, Jane?

—Ordene a dos hombres que le den un escarmiento.

—¿Y dónde están esos dos hombres?

—Imagino que lo estarán esperando fuera.

Pero en aquel momento la joven arrugó el ceño, porque acababa de ver entrar a sus dos empleados, William Walter y Dick Heston.

—¿Qué pasa, Jane? —inquirió Frank.

—Ahí están.

—¿Quiénes?

—¿Quiénes van a ser? Los dos empleados de que te hablé. —Jane sonrió—. Y van a darle el escarmiento.

—¿Aquí?

—Éste es tan buen sitio como otro.

—No sé. Tengo mis dudas.

William Walter y Dick Heston se detuvieron ante la mesa de Ringo Martin.

Julie comía unos macarrones y Martin su asado de carne.

William dirigió una mirada de suficiencia a su compañero Dick y luego, con mucha seguridad, metió una mano en el plato de Ringo, cogió un trozo de carne y dijo:

—¿Por qué habrá animales que se coman esta porquería?

Martin levantó la mirada y William, después de manosear mucho el trozo de carne, lo volvió a dejar en el plato y dijo:

—Ya puede seguir comiendo su bazofia, animal.

Julie se había quedado inmóvil como una estatua.

Martin chasqueó la lengua.

—¿Cómo se llama, compañero?

—William Walter.

—Bien, Walter, le faltó hacer algo con la carne.

—¿Qué cosa?

—Esto.

Martin cogió el trozo de carne con el tenedor y lo arrastró por el suelo, luego lo levantó hacia la cara de Walter y dijo:

—A comer, Walter.

William Walter puso los brazos en jarras.

—No la como.

Martin se levantó de un salto y le metió la carne por la boca.

Walter retrocedió haciendo extraños visajes con la cara porque, efectivamente, se había tragado la carne.

—Ayude con un poco de agua —dijo Martin, y le arrojó el contenido de un vaso a la cara.

El compañero de Walter no se quedó quieto.

—Con permiso —dijo.

Y cogiendo el plato de macarrones de Julie lo lanzó contra la

cabeza de Martin. Éste se agachó y el plato de macarrones voló por el aire, y fue a estrellarse en la cara de Frank.

—¿Qué pasa, Jane? —gimió el secretario, cegado—. ¿Porqué están lloviendo macarrones?

—Son mis dos empleados.

—¡Pero es a Ringo Martin a quien hay que pegar y no a mí!

Mientras tanto, Walter y Heston se habían rehecho y atacaron a Martin.

—Muchachos, está feo pelear en un restaurante —dijo Ringo y pegó un enorme derechazo en el mentón de Walter.

Resultó que éste tenía dentadura postiza, la cual voló por el aire y fue a morder una tarta de cumpleaños que un anciano se disponía a cortar.

Heston se distrajo al ver lo que le pasaba a su amigo y eso le restó muchas posibilidades con Martin, ya que éste no desaprovechaba ninguna oportunidad.

Heston fue alcanzado por un izquierdazo. No, él no usaba dentadura postiza, pero probablemente la utilizaría a partir de ahora ya que mientras rodaba por el suelo iba regando su camino con dientes.

El camarero de la cara triste vio a los dos hombres que estaban fuera de combate y dijo:

—Ahora mismo limpio el suelo.

Se equivocó porque Walter y Heston volvieron a las andadas.

—Ya me cansé, muchachos —dijo Ringo.

Pegó dos puñetazos, uno a Walter y otro a Heston, y los dos siguieron el mismo camino, yendo a caer en la mesa de Jane Morgan. El estropicio fue mayúsculo porque la joven y su secretario Frank cayeron por el suelo.

Jane Morgan recibió en la cara un plato de crema y Frank se llenó con salsa de tomate.

—¡Estoy herido! —gritó el secretario—. ¡Me estoy desangrando!

—Cállate, Frank —dijo Jane, con los dientes apretados.

—Te lo advertí. ¡No se puede con ese tipo!

—¡Yo podré!

—Si sigues por este camino, voy a necesitar un traje cada tres horas.

Walter y Heston habían quedado fuera de combate.

Ringo acudió al lado de Jane.

—¿Me permite que la ayude, señorita?

—¡Quíteme las manos de encima!

Sin embargo, Martin la cogió por el brazo y la levantó de un tirón.

Ringo se echó a reír.

—¿De qué se ríe? —dijo ella, furiosa.

—De usted. Está muy simpática con la cara llena de crema. Contésteme a una pregunta. ¿Quiénes son esos hombres?

—No le contestaré.

—Los mandó usted.

—¡He dicho que no le contestaré!

—De acuerdo, señorita Morgan, pero sería preferible que a partir de ahora deje de mandarme a sus matones. La próxima vez no me contentaré con vapulearlos.

—¿Y qué hará? ¿Los matará?

—No, señorita Morgan, haré otra cosa. Le pegaré a usted una azotaina.

—¿Cómo?

—Lo que oye, señorita Morgan.

—No se atreverá.

—Búsqueme las cosquillas y verá cómo me atrevo.

Se hizo un silencio entre los dos jóvenes mientras se miraban desafiantes.

—Frank —dijo al fin ella—. Salgamos de aquí. La atmósfera está contaminada.

—Sí, vámonos —dijo Frank—. Tengo que comprar dos o tres trajes para estar preparado.

Jane Morgan y Frank salieron del restaurante y Martín regresó junto a Julie, que continuaba comiendo.

—¿Qué te pasa con Jane Morgan, Ringo?

—Es una chica de mucho carácter y quiere hacer su voluntad.

Los dos hombres que habían quedado sin sentido fueron retirados por los camareros.

Ringo pidió otro asado de carne.

Cuando terminaron de comer, abandonaron el restaurante.

—Tengo que pasar por el hotel, Julie.

—Creí que ibas a estar conmigo el resto de la velada.

—Estoy esperando al amigo de que te hablé. Si no ha llegado, me reuniré contigo en el *saloon*. ¿De acuerdo?

—Como tú quieras.

Martin entró de nuevo en el hotel y el encargado le informó:

—Su amigo vino ya. Dijo que estaba cansado y que le esperaba en su habitación. Es la número diecisiete.

Martin subió la escalera y entró en la habitación 17 sin llamar.

—¿Cómo estás, Tony? —saludó al hombre que estaba tendido en el lecho.

Tony Land tenía la misma edad que Martin, y era rubio, de ojos claros. Se levantó de un salto y abrazó a Martin.

—Han pasado tres años, Ringo.

—Pero seguimos siendo los mismos. En cuanto recibí tu carta, liquidé mis negocios, aunque la verdad es que como ya te anuncié, me iban bastante mal. Anda, dime cuál es tu problema.

—El ferrocarril que heredé de mi tío Nick.

—Me dijiste que era un buen negocio.

—Lo fue durante el primer año, pero luego empezaren a salir las cosas mal.

—¿Por qué?

—Por culpa de un bandido. Se llama Harry Bormann y cuenta con una pandilla de veinte a treinta hombres… Sólo tiene que esperar a que el tren se ponga en marcha y luego, en un momento inesperado, lo ataca.

—Y te roba las mercancías.

—Así es. Se me han ido muchos millones de dólares en pagar indemnizaciones a los dueños de las mercancías.

—¿No has tratado de acabar con ese bandido?

—Claro que lo intenté, pero sólo conseguí que me matasen a unos cuantos hombres.

—¿Y la ley?

—Mi ferrocarril pasa por catorce condados diferentes y ningún representante de la ley se quiere dar por aludido. Son catorce *sheriffs* y no menos de treinta ayudantes. Nadie se quiere jugar el tipo y, por añadidura, Harry Bormann nunca ha atacado dos veces en el mismo condado. En resumen, que los acreedores y los prestamistas se me echan encima, y si no soluciono en unas semanas el asunto, tendré que vender el ferrocarril.

—¿Alguna oferta interesante?

—Los capitalistas se aprovechan de la situación en que me encuentro y hacen ofertas de risa. Por ejemplo, ahí tienes la de Jane Morgan.

—¿Jane Morgan?

—¿La conoces?

—Sí, tuve ese disgusto. ¿Cuánto te da ella?

—Ciento cincuenta mil.

—¿Y cuánto vale el ferrocarril?

—Medio millón como mínimo, pero valdrá más de dos millones cuando los de la Union Pacific hagan su tendido hacia el Oeste. Mi línea será el único ramal que se adentre en la región de los Abedules, hasta el río Nueces.

—¿Y cuándo hará el tendido la Union Pacific?

—Se dice que el próximo año.

—O sea, que si tú aguantas unos meses, los de la Unión te darán dos millones.

—He sostenido conversaciones con ellos y la cosa está bastante clara.

—¿Cuánto debes, Tony?

—Las cuentas de mis acreedores suman unos ochenta mil dólares y he pedido préstamos por valor de cincuenta mil más.

—¿Cuándo has de tener el dinero?

—He logrado prórrogas. Pero si dentro de un mes no empiezo a pagar, vendrá el embargo y todo se irá a infierno.

—¿Solución?

—Si acabase con ese bandido de Harry Bormann los comerciantes y los industriales recuperarían su confianza en el tendido y utilizarían mi tren para transportar mercancías.

—¿Cómo las transportan ahora?

—En carromatos fuertemente custodiados. Harry Bormann no los ataca.

Tony cogió una botella de *whisky* de la mesilla de noche.

—¿Un trago?

Martin bebió y devolvió la botella a Tony. Éste antes se beber, dijo:

—Quiero asociarme contigo.

—Sólo tengo mil dólares. Si te sirven están a tu disposición. Y no

es necesario que me nombres tu socio.

—Quiero que acabes con Harry Bormann. Eres el único para ese trabajo.

—Me halagas mucho.

—Es la pura verdad. Eres astuto como un zorro, Ringo, y no he conocido a nadie con tu puntería.

—¿De cuántos hombres dispones?

—Me quedé en cuadro después del último ataque de Harry Bormann. Sólo tengo a tres hombres de pistola.

—¿Buenos?

—No están mal, pero no pueden hacer nada contra esa gentuza.

—Me pides un milagro.

—Tú eres el hombre de los milagros. Aún recuerdo la que armaste en Abilene.

—Pero allí nuestros enemigos daban la cara, y aquí has dicho que atacan por sorpresa.

—Sé que es difícil, Ringo, pero estoy seguro de que, si tengo alguna posibilidad de salir del apuro, es cosa tuya.

—Está bien, acepto.

Tony palmeó a Ringo sonriente.

—Si lo consigues, tendrás el cincuenta por ciento.

—No, Tony, eso sería injusto.

—No digas tonterías. Si no acabas con Harry Bormann, yo estoy perdido.

—Bueno, ya hablaremos de eso más adelante. Este diálogo me recuerda la fábula de los que vendían la piel del oso antes de matarlo. ¿En dónde hemos de coger tu tren?

—En Fountain City.

—¿Cuándo quieres salir?

—Al amanecer.

—De acuerdo. Aquí estaré.

—¿Adónde vas?

—A despedirme de una amiga.

Tony se echó a reír.

—Siempre el mismo, ¿eh, Ringo?

—A propósito, Tony, ¿te casaste?

—No, hombre. ¿Cómo iba a cometer una tontería como ésa? Ya tengo bastantes preocupaciones con mi ferrocarril.

# CAPÍTULO IV

Estaban en Fountain City.

Tony Land acababa de presentar a Ringo los tres hombres con que contaba para luchar contra Harry Bormann y su pandilla.

Félix Malone había pasado casi toda su vida en Nueva Orleans y San Luis, viajando por el río Mississippi. Tenía una cicatriz en la cara, recuerdo de una partida de póquer. Se le pusieron las cosas difíciles en el río y se alejó de allí en busca de nuevos horizontes. No manejaba mal el «Colt», pero su arma favorita era el cuchillo.

Gil Moore era un mestizo de pómulos altos y sienes hundidas, con ojos que parecían trozos de hielo. Hablaba muy poco y nadie sabía nada acerca de su pasado, aunque uno podría apostar su vida a que Gil conocía lo que era una prisión. Disparaba bien, pero no era rápido, entre disparo y disparo dejaba pasar demasiado tiempo, quizá porque se producían lagunas en su mente.

Thomas Greene era el más completo de los tres, aunque, según Tony Land, tenía el grave defecto de que se emborrachaba constantemente. Tony había querido prescindir de él, pero siempre lo readmitió porque andaba escaso de hombres.

Y en esta ocasión también Thomas Greene estaba bebido.

—¿Va a ser nuestro jefe? —preguntó señalando a Ringo Martin.

Se encontraban en el andén, junto a un montón de sacos que el tren debía transportar.

—Sí, Thomas, seré el jefe. Y ya te voy a dar mi primera orden.

—¿Cuál es?

—Dame la botella.

—¿Qué botella?

—La que tienes en el bolsillo posterior.

—No hay botella, Ringo.

—He dicho que me la des.

—Ven a por ella si te atreves.

Ringo caminó hacia Thomas y éste le soltó el puño contra la cara. Ringo le burló con un quiebro, cogió el brazo de Thomas y se lo llevó a la espalda haciendo palanca.

—¡Cuidado, que me rompes el hueso!

—Coge con la otra mano la botella.

Thomas Greene cogió la botella.

—Rómpela contra el suelo —le ordenó Ringo.

Thomas tiró la botella, la cual se hizo añicos derramando su contenido.

Ringo empujó a Thomas lanzándolo contra los sacos.

—No beberás durante el resto del viaje, Thomas…

Greene llevó aire a sus pulmones.

—¿Qué pasa si me licencio ahora mismo?

—De acuerdo. ¿Cuánto se te debe?

—Siete dólares.

Ringo metió la mano en el bolsillo y sacó un grueso fajo de billetes. Mientras tanto, dijo:

—En este viaje habrá una prima de cincuenta dólares por cabeza si llegamos a nuestro destino sin haber perdido la mercancía. Tus siete dólares, Thomas.

—¿Has dicho cincuenta dólares de prima?

—Exactamente.

—Entonces me quedo.

—Nada de beber, Thomas.

—De acuerdo.

—Ni una sola gota.

—¡Maldita sea, he dicho que estoy de acuerdo!

Ringo hizo una bola con los siete dólares y la arrojó sobre el pecho de Thomas, el cual sonrió.

—Creo que va a ser un viaje interesante.

—Ahórrate los comentarios. Quiero que escuchéis mis instrucciones. Según me ha explicado Tony, hasta ahora habéis viajado separados. Esta vez iréis en el mismo vagón, con la mercancía.

Félix Malone intervino:

—¿Y qué pasa si los hombres de Harry Bormann atacan por la

retaguardia?

—Que ataquen por donde quieran. Ninguno de vosotros se dispersará ni hará la guerra por su cuenta. Necesitamos estar unidos. Prefiero el fuego concentrado. Y ya se acabó el consultorio.

Ringo se fue hacia la máquina seguido por Tony.

—Le diste una buena lección a Greene.

—La necesitaba.

Un hombre llegó corriendo hacia ellos.

—Eh, señor Land, se ha presentado un nuevo transportista.

—¿Ah, sí? ¿Y qué quiere transportar?

—Dinamita.

—¿Para dónde?

—Para Copper City.

—¿Quién es el cliente?

—Jane Morgan.

Tony y Ringo se miraron.

—¿Está ella aquí? —preguntó Martin al empleado.

—Sí, señor. En la oficina.

—Yo hablaré con ella, Tony. Que carguen la mercancía.

Martin fue a la oficina con el empleado.

Jane Morgan hizo un gesto de asombro al ver a Ringo Martin.

—¿Es que no voy a poder prescindir de usted? ¡Y no me vuelva a repetir eso de que el mundo es un pañuelo! ¿Por qué me siguió, señor Martin?

—Porque es usted muy mona.

—¿Eh?

—Tiene la nariz chatilla como a mí me gusta, y unos ojos grandes, rasgados, con largas pestañas, y una boca de labios tan rojos como las fresas, mi postre favorito.

—¡Basta! Si espera conquistarme con sus requiebros, está completamente equivocado.

Frank entró corriendo en la oficina y tropezó con Martin. Llevaba algunos paquetes en los brazos y todos se le cayeron.

—¡Dios mío!… ¡No puede ser!

—Sí puede ser, Frank —repuso Jane—. Es él.

—Pues yo sólo metí un traje en la maleta para este viaje.

—Por suerte para nosotros, el señor Martin no viajará en este tren, ¿verdad, señor Martin?

—Yo soy el que viajará y ustedes los que se queden.

—¿Qué está diciendo?

—Soy el encargado de la seguridad del ferrocarril, señorita Morgan.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy.

—¿Y quién le nombró?

—El dueño, Tony Land.

La joven miró al empleado.

—¿Es cierto, señor Smith?

—Sí, señorita Morgan.

La joven llevó aire a sus pulmones.

—Muy bien, señor Martin. Mi secretario y yo hemos comprado el boleto hasta Copper City y vamos a pagar por el transporte de la mercancía.

—No admito su mercancía.

—¿Que no la admite? ¡No tiene usted ningún derecho a oponerse, señor Martin!

—Dígame qué va a transportar.

—Dinamita.

—Mercancía rechazada.

—¡Necesito que la dinamita llegue a Copper City! Voy a barrenar unas galerías para poner al descubierto un filón de cobre. ¡Y no existe ningún reglamento de ferrocarril que me prohíba transportar la dinamita cuando está debidamente acondicionada!

En aquel momento Tony habló desde la puerta:

—Eso es verdad, Ringo. Nuestro reglamento no lo prohíbe.

La joven sonrió triunfalmente…

—¿Lo ha oído, señor Martin?

—Sí, lo he oído perfectamente.

—Ande, diga que renuncia a su puesto porque no se salió con la suya.

—Se equivoca. No voy a renunciar. Tengo mucho interés en hacer este viaje.

Martin salió de la oficina seguido por Tony.

—Lo siento, Ringo, pero no tuve más remedio que darle la razón.

—No te preocupes. Quizá sea interesante que viaje con nosotros

la señorita Morgan.

—Sé lo que estás pensando.

—¿Sí?

—Jane Morgan podría estar de acuerdo con Harry Bormann… Caramba, eso explicaría muchas cosas. Jane tiene fama de ser más dura que el hombre más duro…

—Le daremos un poco de cuerda.

—Con tal de que no nos ahorque con ella…

—Si hay alguien que se ahorque, será la propia Jane.

En aquel momento sonó un estampido.

La bala pasó entre los dos amigos.

Ringo pegó un empujón a Tony mandándolo al suelo y el también se dejó caer en el andén.

—¿De dónde han disparado? —preguntó Tony.

—Desde la esquina de la oficina.

Ringo se puso en pie y echó a correr. Llegó a la esquina y se detuvo. Asomó la cabeza, pero no vio a nadie.

De pronto oyó un ruido en el interior del almacén que había allí. La puerta estaba entreabierta. La empujó con el pie y en ese momento dispararon otra vez.

La bala hizo un agujero en la madera.

—Ya te tengo, muchacho —dijo Martin.

No le contestaron.

—Será mejor que salgas con las manos en alto y continuarás viviendo.

Tampoco obtuvo respuesta.

Martin cruzó el hueco y echóse a rodar por el suelo.

Dos balas le siguieron.

Chocó contra restos de madera y otra vez se detuvo. La puerta había quedado abierta y la mitad del almacén aparecía iluminado, pero no el fondo, y era en esta parte donde se encontraba el agresor.

Martin ya no dijo nada para que su enemigo no pudiese localizarlo.

Cogió un trozo de madera y lo arrojó contra los restos de cajones que había a la derecha.

El asesino tragó el anzuelo porque se puso a disparar en aquella dirección.

Martin saltó en cuclillas e hizo fuego tres veces hacia el lugar donde se producían los fogonazos.

Oyó un aullido de muerte y luego un cuerpo se desplomó.

Ringo vió al tipo boca arriba. Tenía dos agujeros en el pecho y ya estaba muerto. Le calculó unos treinta años y era de frente ancha y nariz chata.

Tony entró corriendo.

—Por fin acabaste con él.

—¿Le conoces, Tony?

—No, es la primera vez que le veo. ¿Por qué no se lo preguntas a Jane Morgan?

—Porque me contestaría lo mismo. Que no le conoce.

—Sí, eso es verdad.

# CAPÍTULO V

Hacía unas horas que el tren corría por los rieles.

Ringo y Tony estaban consultando un mapa. Tony había señalado en el mapa los puntos en donde Harry Bormann había atacado con anterioridad el convoy.

—No se puede sacar ninguna conclusión —dijo Ringo después del examen.

—Ya te lo advertí. Harry Bormann elige cada vez un sitio distinto para hincamos el diente.

—Esta vez procuraremos mellarlo.

—Me gusta tu optimismo.

—Voy a dar una vuelta por los vagones.

—Suerte.

—¿Esperas que me maten?

—Si te intentaron liquidar en Fountain City, quizá pensaron meter otro asesino entre los viajeros.

Ringo abandonó el vagón. Estaba pasando al siguiente cuando oyó un grito femenino.

Una rubia forcejeaba en la plataforma con un hombre.

—Dame un beso, linda…

—¡No me da la gana!

—Yo soy tu tío Johnny.

—Usted es un cerdo de cuatro patas.

El hombre soltó una carcajada y atrajo a la rubia para besarla.

Ringo tocó el hombro del tipo.

—¿Me da fuego? —le dijo, enseñándole un cigarrillo.

El otro, que era un individuo de cejas espesas, rezongó:

—¿Es que no ve que estoy ocupado?

—Es cierto, perdone —dijo Martin, y le pegó un pisotón en el

pie derecho con todas sus fuerzas.

El individuo emitió un chillido y se puso a saltar a la pata coja.

—¡Me ha quebrado los huesos!… ¡Me los ha quebrado!

Ringo le cogió por las solapas de la chaqueta.

—Debería arrojarte del tren. ¿Cómo te llamas?

—Charles Power.

—Vuelve a tu asiento y deja en paz a la señorita, Charles.

Power abandonó la plataforma pegando saltitos.

La rubia se estaba ahuecando el cabello. Era muy bonita, de unos veinticinco a veintiséis años.

—Soy Violette Burton. ¿A quién debo darle las gracias?

—Ringo Martin.

—Gracias por lo que hizo, señor Martin.

—No tuvo importancia. Me pagan para que en este tren no ocurran cosas desagradables.

—De modo que es un empleado.

—¿Decepcionada?

—No, todo lo contrario. Puedo hacer mucho por usted.

—¿Ah, sí?

—Mi padre es un alto cargo de la Union Pacific y tengo entendido que se quedarán con este ramal el año próximo.

—¿Me recomendará a su padre?

—Desde luego, y ya puede estar seguro de que le pondré a usted por las nubes.

Ella agregó:

—Cuanto mejor me trates, más alto puedes llegar.

Ringo la besó.

—¿Qué tal, Violette?

—Maravilloso.

—¿Sabes lo que te digo, rubia? Que, si tu padre es un alto cargo de la Union Pacific, yo soy Mahoma.

—Ringo, qué cosas más horribles dices.

—Si yo no supiese distinguir a una *girl* del resto de las mujeres, me tiraría de este tren en marcha.

—Ya me fastidiaste la ilusión, querido. ¿Por qué no he de tener un padre como todas?

—Picaste demasiado alto. ¿Adónde te diriges?

—A Copper City. Me contrataron en un *saloon* de allí. Qué vida

tan perra la nuestra, Ringo. Yendo de un lado para otro…

—¿Por qué no ligaste con «Cejas Espesas»?

—Me gusta ser tratada como a una dama, aunque yo no lo sea, y «Cejas Espesas» olía a puerco.

—¿Y a qué huelo yo?

—A hombre.

En aquel momento, Jane Morgan salió a la plataforma. Vio a Ringo en compañía de la *girl* y miró para otro lado.

—Ringo —dijo la rubia—, creo que tengo una carbonilla en el ojo.

—Ahora mismo te la quito.

Se pusieron muy juntos, casi pegados, y de pronto Violette le echó los brazos al cuello y le besó en la boca. Al separarse, ella dijo:

—Ringo, ¡qué bien sabes quitar las carbonillas!

Ringo oyó un portazo. Jane Morgan había desaparecido.

—Discúlpame, Violette, pero tengo que cumplir con mi obligación.

—¿No es más emocionante cumplir conmigo?

—Desde luego, pero cada cosa ha de ocupar su lugar.

Ringo entró en el vagón.

Jane ocupaba su asiento, pero el de al lado estaba vacío. Ringo llegó junto a ella y dijo:

—¿Necesita algo, señorita Morgan?

—No, gracias. Mis ojos están perfectamente. No tengo ninguna carbonilla.

—Qué lástima.

—¿Por qué dice eso? Si yo tuviera una carbonilla, no le permitiría que me la quitase.

La joven soltó un gritito y se llevó la mano al ojo derecho.

En aquel momento llegó el secretario de Jane y Ringo le dijo:

—Frank, su jefe tiene una carbonilla en el ojo. Quítesela.

—Oh, no me pida eso. Soy muy aprensivo —contestó Frank y se alejó.

Ringo ocupó el asiento al lado de Jane y cogió a la joven por los brazos.

—Se la quitaré yo.

Jane dejó ver su ojo. Ringo sacó un papel de fumar. Tuvo que acercar mucho su cara a la de Jane.

—Es usted muy bonita.
—Limítese al ojo.
—Tiene usted un cuello de cisne, y su piel es muy fina, como la seda.
—¡El ojo!
—Si no se está quieta, no le podré sacar la carbonilla.
—Ya me estoy quieta.
—No deja de moverse.
—Me está manoseando demasiado.
—Sólo le toco la cara.
—¡Termine de una vez!
—Ya la veo… Un momento… Quieta… Ya está.
Ringo apartó el papel de fumar del ojo de Jane.
—Gracias, señor Ringo.
—¿No hay un premio?
—No, yo no doy ningún beso porque me quiten una carbonilla.
—Le acepto otra fórmula de pago.
—¿Dinero?
—No, señorita Morgan.
—¿Qué es, entonces?
—Deje de mandarme asesinos.
Las aletas de la nariz femenina palpitaron.
—¿Qué quiere decir, Martin…? No, no me lo diga, creo que ya lo sé… Usted piensa que ese hombre que disparó contra usted en el andén de Fountain City era un empleado mío.
—¿No lo era?
—¡Es usted un indeseable!
—De modo que la estoy calumniando.
—Sí, señor Martin, es lo que está haciendo y espero que se disculpe ahora mismo.
—Perdone.
Jane se quedó sorprendida, quizá porque no esperaba que Martin echase marcha atrás.
—¿Lo dice en serio? ¿Se disculpa?
—Claro. No tenía derecho a decirle a usted una cosa can monstruosa. Usted es una mujer ante todo, y muy femenina. Yo diría algo más.
—¿Qué diría?

—Que es usted adorable.
—¿Se lo parezco?
—Seguro.
Ringo tiró de la joven y la besó.
—¿Qué ha hecho, señor Martin?
—Ya se lo he dicho. Es usted adorable y yo adoro así a las mujeres.
—¿Cree que soy una *girl* como la que llevó al restaurarte, o como la que sorprendí con usted en la plataforma?
—No, de ninguna manera. Usted no es una *girl*.
—Ah, bueno.
—¡Usted es mucho peor!
—¿Qué?
—Ellas tienen corazón y usted, en lugar de corazón, tiene un trozo de pedernal.
—¡Señor Martin, no le consiento…!
—Usted me va a consentir algo más, señorita Morgan. Admito que no tengo ninguna prueba para demostrar que usted pagó al asesino de Fountain City, pero tengo otras pruebas respecto a las cosas feas que hizo usted antes, en su oficina y en el restaurante de Gaylord City… Si ha pensado jugársela a Tony Land, es mejor que desista. ¡Estoy aquí para cortar las alas a quien sea! ¡A Harry Bormann o a usted!
Jane estaba terriblemente indignada y sus ojos echaban chispas.
—Señor Martin, he conocido a muchos hombres, pero jamás encontré a uno más despreciable que usted.
—Yo seré todo lo despreciable que quiera, pero lo mismo digo respecto a usted.
—Usted me besó y, cuando lo hizo, no debió encontrarme tan despreciable. Dijo todo lo contrario. Que yo era adorable.
—¿Cree que me cautivó con sus encantos, señorita Morgan?
—Sí.
—Es usted muy poco modesta. ¡Entérese de una vez por todas! Yo estaba representando una comedia. Sólo trataba de adivinar el plan de su tortuoso cerebro.
—¡Apártese de mí, señor Martin!
—Eso lo haré con gusto.
—¡Y váyase con su *girl*!

—Me iría con una serpiente de cascabel antes que permanecer un minuto más a su lado.

Ringo se levantó bruscamente. La apuntó con el dedo.

—Olvídese de mí, señorita Morgan.

—¿Quién se cree que es? —Ella soltó una risita de sarcasmo—. Para olvidarme de usted no necesito nada.

—Que sea verdad.

Ringo se encaminó por el corredor hacia el fondo del vagón. Estaba lleno de furia y abrió la puerta de un tirón.

Oyó que una tela se rasgaba.

Medio pantalón de Frank se había quedado en el tirador.

—Perdone, Frank. Lo enganché sin darme cuenta.

Frank enseñaba medio muslo por la desgarrada pernera del pantalón.

—No se preocupe, señor Martin, ya lo tuve en cuenta y me puse ropa interior hasta los tobillos.

# CAPÍTULO VI

Habían dejado atrás Grand Rapids y Jackson, y en cada uno de estos pueblos habían cargado mercancía. Tony Land estaba satisfecho.

—Quizá no ataquen en este viaje… Estoy pensando una cosa, Ringo. Es posible que Harry Bormann se haya enterado de que les conviene dejamos en paz.

—¿Te quieres convencer a ti mismo de que ha pasado el peligro? —le sonrió Martin.

Estaban en el vagón con los otros tres hombres, cuando Thomas Greene soltó un eructo.

Ringo lo miró con el ceño fruncido.

Greene le sonrió.

—¿Has bebido, Thomas? —preguntó Ringo.

—No.

—Espero que así sea. Cuando doy una orden, me gusta que se cumpla.

De repente hicieron un disparo desde el exterior.

La bala chocó contra uno de los vagones.

—¡Ya están ahí! —gritó Félix Malone.

Cuatro jinetes aparecieron por entre unos árboles.

—¿Son sólo ésos? —preguntó Ringo.

—No te preocupes —contestó Tony que se había puesto muy pálido—. Aparecerán más.

Los jinetes se mantenían alejados del tren, corriendo paralelamente.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Greene.

Ringo echó una mirada al mapa que tenía delante.

—¿Dónde estamos exactamente, Tony?

Tony se lo indicó con el dedo.

—A tres millas de aquí, hay un desfiladero. Ya te puedes imaginar que es allí donde nos estará esperando el grueso del grupo de Harry Bormann.

—Sí, es lo más probable.

—Nos detendrán.

—No, esta vez no lo van a conseguir.

—¿Y qué podemos hacer?

—Seguir adelante.

—Harry Bormann es condenadamente listo. Ha enviado por delante a cuatro de sus forajidos para anunciarnos la que nos espera. En el desfiladero encontraremos a veinte o veinticinco hombres parapetados en la rocas, a pocos metros de los rieles.

—Aumentaremos la velocidad.

—No se puede.

—¿Por qué no?

—Porque hay no menos de seis o siete curvas allí. Todas son peligrosas. La máquina tiene que disminuir mucha velocidad. No pasaremos siquiera a veinte millas por hora… Para esa gentuza será como cazar conejos, y apuesto que todos los viajeros estarán aterrorizados.

—¿Qué quieres? ¿Entregarles de nuevo la mercancía?

—No habrá más remedio.

—Sería el final para ti, Tony.

—Sí, desde luego.

—Entonces, ¿para qué diablos me llamaste?

—No lo sé. Es luchar contra un imposible.

—Tony, no te conozco.

—Perdona que te haya hecho perder el tiempo.

—No, no me lo has hecho perder. Este tren no se va a rendir. Me contrataste para un trabajo y lo voy a hacer porque todavía no renuncié.

Tony sonrió.

—Perdona, Ringo… Tienes razón.

Una granizada de balas cayó sobre el vagón. Los jinetes se habían acercado un poco más al tren.

—Bien, chicos —dijo Ringo—. Vamos a darles nuestra respuesta.

Empujó la puerta del vagón abriéndola de par en par.

Para ese entonces, sus hombres estaban tendidos en el suelo.

Más proyectiles entraron por el hueco, mordiendo en la pared del fondo.

—Rifle, muchachos —dijo Ringo.

Atraparon aquella arma.

—Dispararéis cuando yo os lo diga. Quiero potencia de fuego.

Todos ellos, incluido Tony, apuntaron a los jinetes con los rifles.

—¡Fuego!

Sonó una terrible descarga.

Dos jinetes fueron arrancados de la silla como muñecos, otro perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer, pero logró sujetarse a la silla.

El único que no había sido tocado por el plomo, volvió la cabeza y se debió alarmar mucho, porque hizo una señal a su compañero. Inmediatamente los dos desaparecieron por entre los árboles.

Tony lanzó un grito de victoria.

Félix Malone dijo:

—Demonios, no está mal la táctica. Antes, cuando llegaban los bandidos, estábamos repartidos por el convoy y ahora, entre todos juntos, formamos un buen regimiento.

—Hay que seguir juntos —dijo Ringo—. Pero puede llegar un momento en que sea necesaria la separación.

—¿Y cuándo será ese momento?

—Cuando yo lo diga.

Tony pasaba fácilmente de un estado de ánimo a otro, del optimismo al pesimismo. Y le tocó ser pesimista al ver que el tren se adentraba en las montañas.

—Estamos llegando al desfiladero.

—Quiero veros tendidos en el suelo —dijo Ringo—. Colocad sobre el piso el revólver. No disparéis a tontas y a locas. Esta vez no esperaremos. Apenas veamos a un enemigo, plomo con él, ¿entendido?

Los cuatro hombres que estaban a sus órdenes hicieron gestos afirmativos.

Media docena de bandidos se dejaron ver en las rocas y se pusieron a disparar.

—¡Ahora, chicos! —dijo Ringo—. ¡Y no paréis de darle al gatillo!

Por la puerta del vagón entraron y salieron balas. Los hombres del ferrocarril daban la impresión de que eran una docena.

Dos bandidos se desplomaron y eso fue una advertencia para que sus compañeros se escondiesen rápidamente.

—¡Estamos ganando, Ringo! —exclamó Tony.

De pronto el tren empezó a disminuir la velocidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Ringo.

—Nos acercamos a la primera curva.

—Vamos demasiado despacio.

Efectivamente, el tren estaba frenando.

—¡Nos detenemos! —gritó Tony.

—Voy a ver qué pasa —dijo Ringo—. Cubridme mientras salto a la máquina.

Sus compañeros se pusieron a disparar contra los forajidos que veían aparecer entre las rocas.

Ringo se colgó del estribo. Ahora tenía el revólver en la mano y dos balas crujieron siniestramente por encima de su cabeza. Se volvió apoyándose en una sola mano, e hizo fuego sobre el bandido que le estaba deparando, el cual abrió los brazos en cruz al recibir impacto en el pecho y se desplomó. Ringo ya no se detuvo más y saltó a la máquina.

—¿Qué infiernos ocurre?

El maquinista se llamaba Harry Lancaster y el fogonero Samuel Bedlam. Eran dos buenas personas.

Harry Lancaster dijo con tristeza:

—Eche una mirada delante de la vía y sabrá por qué nos hemos parado.

Ringo vio una roca sobre los rieles. El camino estaba interceptado.

—Se acabó el viaje —dijo Samuel.

—Óiganme los dos. Vamos a continuar.

Lancaster hizo un gesto de extrañeza.

—¿Quiere que lance la máquina contra la roca?

—¡No! Sólo que conserve las calderas a la debida presión. Apartaremos esa roca.

—¿Cuándo? No irá a cometer la locura de salir del tren. Lo convertirán en un colador.

El tren se detuvo con rechinar de ruedas y golpeteo de vagones.

Ringo gritó:

—¡Allá voy, muchachos!

Se descolgó de nuevo, pero ahora no utilizó el estribo. Corrió por la tierra y llegó más rápidamente al vagón, aunque fue perseguido por las balas.

Sus compañeros dispararon una y otra vez. Un aullido de muerte les anunció que habían hecho al menos un blanco.

Tony y los demás ya no estaban en el hueco de la puerta, sino protegidos por las paredes del vagón.

—Lo hemos visto, Ringo, pusieron una roca.

En aquel momento oyeron una voz.

—¿Está ahí, señor Land?

—Ése es Harry Bormann en persona, Ringo.

—Pregúntale qué quiere.

—Sé lo que quiere.

—Pregúntaselo de todas formas.

—¡Harry…! ¡Aquí estoy! ¿Qué es lo que deseas?

—Tomar café en tu tren.

Los hombres de Harry Bormann rieron la salida de su jefe.

Ringo contestó:

—¡Puedes venir a tomar café, Bormann!

—¿Quién eres tú?

—El nuevo.

—¿Ringo Martin?

—Sí, Harry, ése soy yo, y te invitamos gustosamente a tomar una taza de café.

—Será mejor que renuncie. Mis muchachos me iban a echar de menos. Y ahora fuera bromas.

—Fuera bromas, Harry. Largaros.

—Ringo, me habéis ocasionado en este ataque más muertos que en las últimas cuatro veces.

—Suerte que hemos tenido.

—Me estoy enfadando mucho, Ringo.

—Entonces masca tabaco y se te pasará.

—No me gusta oír chistes cuando trabajo. Tony, ¿por qué contrataste a un payaso? ¡Quiero hablar contigo y no con él! ¿Me oyes, Tony?

—Te oigo, Harry.

—Suelta la mercancía. Sólo quiero que la dejes a un lado del tendido. Mis hombres, como siempre, respetarán la tregua. No dispararán un solo tiro contra los vuestros. Una vez que la mercancía haya quedado descargada, apartaréis la roca y podréis continuar el viaje.

# CAPÍTULO VII

Tony miró a Ringo y éste permaneció en silencio, rascándose una mejilla. Al fin dijo:

—Dile que lo tienes que pensar.

—¿Qué?

—Pídele cinco minutos.

—¡Harry, necesito un poco de tiempo! ¡Cinco minutos!

Ringo ya se estaba moviendo hacia el fondo del vagón. Justo allí se había colocado la dinamita de Jane Morgan. Cogió una barra de hierro y reventó uno de los cajones. Los cartuchos quedaron al descubierto. Tony y los otros muchachos comprendieron lo que Ringo quería hacer.

Harry Bormann gritaba:

—Te concederé diez segundos. Tony. Sólo diez segundos para que te rindas.

Ringo señaló los cartuchos de dinamita a sus compañeros.

—Coged unos cuantos.

Amontonó un poco de paja con los pies y le pegó fuego con un fósforo.

—Arrojaremos los cartuchos hacia donde están los hombres de Harry.

Dio ejemplo prendiendo uno de los cartuchos. Echó a correr hacia el hueco y lanzó el explosivo. Éste desapareció entre las rocas e hizo explosión.

—Aprisa, muchachos.

Tony, Greene, Malone y Gil arrojaron los cartuchos, provocando más explosiones.

El pánico cundió entre los bandidos, que se habían colocado demasiado cerca del tendido confiando en su superioridad.

Ringo saltó del vagón con dos cartuchos que arrojó, uno tras otro, hacia la derecha de la máquina.

Tres forajidos salieron de su escondite y Ringo los tumbó con el revólver.

Otro bandido gritó:

—¡Harry! Es mejor que nos marchemos. Esto es una trampa.

—Retirada, muchachos —se pudo oír la voz clara de Harry Bormann.

Ringo se dirigió al vagón.

—Chicos, hay que apartar la roca antes de que rehagan.

Sus cuatro compañeros saltaron del vagón para empujar la roca.

Bastó un minuto para que la vía quedase libre.

Lancaster y Bedlam cumplieron la orden de Ringo manteniendo la presión de las calderas.

Ringo les hizo una señal.

—¡Adelante a toda máquina!

El tren se puso en marcha, mientras Tony y los demás subían al vagón.

Minutos después había pasado el peligro, porque lograron cruzar el desfiladero.

Tony no cabía en sí de gozo.

—Les ganamos, y ahora sí que no hay que preocuparse. Harry Bormann no atacará durante este viaje.

Una hora más tarde llegaban a Ithaca, donde tendrían que detenerse para recoger más mercancía.

Los viajeros bajaron del tren, cariacontecidos porque habían pasado instantes de gran emoción.

Jane Morgan, seguida por Frank, se dirigió hacia Ringo.

—Señor Martin, oí explosiones cuando fuimos atacados por los bandidos.

—Efectivamente, fueron explosiones.

—No se haga el gracioso.

—No quiero hacerme el gracioso.

—Entonces dígame cómo provocó esas explosiones. —Con dinamita.

—Ah, ¿sí? ¡Qué casualidad!

—Como pudo ver, dio resultado.

—¿Y qué dinamita empleó?

Ringo se rascó el mentón.
—Una que encontré ahí dentro.
—¿Mi dinamita?
—Lo siento, señorita Morgan, pero no tuvimos tiempo para pedirle permiso. Y aprovecho este momento para darle las gracias en nombre de la Compañía.
Jane apretó los dientes.
—¡Ustedes no tenían derecho a utilizar la mercancía que transportaban!
—Es cierto, pero tuvimos que enfrentarnos a una emergencia.
—¡Eso me tiene sin cuidado!
—Es una lástima que diga eso, señorita Morgan. Si esos bandidos se hubieran salido con la suya, ahora no tendría un cartucho de dinamita que llevarse a la boca. —¡Yo no como dinamita!
—Era una forma de hablar. Dígame qué le debemos los cartuchos que gastamos. Creo que fueron una docena.
—Ciento cincuenta dólares.
—¿Cuánto ha dicho?
—Ciento cincuenta.
—Eso creía haber oído.
—Entonces, ¿para qué preguntó?
—Porque quería tener la seguridad de que es usted una aprovechada.
—¿Cómo?
—Lo que usted oye, señorita Morgan. Una aprovechada. Cada cartucho de dinamita no le costó a usted más de tres dólares. De modo que, doce cartuchos son treinta y seis dólares, y no ciento cincuenta dólares.
—Debo obtener algún beneficio por una venta.
—Admito que quiera tener un pequeño beneficio, pero el que usted intenta obtener no es pequeño. Y, por tanto, no le voy a pagar ese precio.
—Los demandaré judicialmente.
—Haga lo que quiera, señorita Morgan. Estoy dispuesto a pagar hasta cincuenta dólares por haber usado sus cartuchos de dinamita, pero no pienso pagar un solo centavo más. ¿O es que está rabiosa porque salió mal lo de Harry Bormann?

—¿Qué es lo que está suponiendo, señor Martin?

—Será mejor que nos separemos.

—¡No! ¡Quiero que me diga lo que quiso dar a entender!

—Si usted lo comprendió, no hace falta que se lo explique.

—¡Claro que lo comprendí! Piensa que yo estoy de acuerdo con Harry Bormann.

—¿No lo está?

—Señor Martin, es usted un…

—Indeseable.

—¡Peor que eso!

—Dígalo. No se quede con las ganas.

—¡Se lo diré en otro momento! Vamos, Frank.

La joven dio media vuelta y echó a andar rápidamente hacia el pueblo. Su secretario corrió tras de ella.

Tony apareció junto a Ringo dando un suspiro.

—Lo he oído todo desde el vagón… Hubo un momento en que estuve a punto de aparecer para darle los ciento cincuenta dólares.

—Si hubieses hecho eso, te habría presentado la dimisión.

—Esa mujer es temible.

—Necesita un poco de doma.

—¿Un poco? Yo diría que necesita ser domada completamente.

En aquel momento llegó ante ellos un hombre rechoncho que usaba gafas y sombrero hongo. Se quitó éste y dijo con una sonrisa:

—¿El señor Land?

—Soy yo.

—Mi nombre es Nataniel Costard y traigo una misión importante.

—Entiendo. Quiere que le transportemos mercancía frágil.

—No, señor Land; no es eso.

—Entonces, usted dirá.

—Estoy autorizado para hacerle una oferta por su ferrocarril. Doscientos cincuenta mil dólares, señor Land. Si llegamos a un acuerdo, podemos firmar las escrituras en menos de una hora.

Tony enarcó las cejas.

—¿A quién representa, señor Costard?

—No puedo decírselo.

—¿Cómo podría vender a una persona que no conozco?

—Lo sabrá en el momento en que firmemos las escrituras ante el

juez Taylor.

—¿Y dónde está el juez Taylor?

—Aquí, en Ithaca.

Ringo intervino.

—Señor Costard, tenga preparadas las escrituras. El señor Land está conforme.

Nataniel Costard miró a Land quedando a la espera de una respuesta.

Ringo golpeó suavemente en la bota de Tony y éste dijo:

—Estoy de acuerdo, señor Costard.

—Magnífico, señor Land —dijo el del sombrero hongo—. El juez Taylor tiene su despacho en el número veinticuatro de la calle Principal —hizo una pequeña inclinación y se marchó.

Tony frunció el entrecejo.

—¿Qué es lo que te propones, Ringo? ¿Por qué me hiciste dar la conformidad?

—Porque así sabremos quién es la persona que está detrás de Nataniel Costard. No puede ser una casualidad que haya aparecido después del ataque de Harry Bormann.

—Veo más complicaciones.

—Todo lo que está relacionado con este ferrocarril son complicaciones, Tony, y no acabarás con ellas escondiendo la cabeza como el avestruz.

Thomas Greene se acercó.

—Ringo, ¿puedo ir al *saloon* a beber un trago?

—Nada de tragos.

—Será un vaso.

—Nos marchamos dentro de dos horas.

—Un vaso no me hará daño.

—Está bien, uno y se acabó.

—Descuida, Ringo. Será un trago. Y gracias.

Tony estaba asombrado.

—Si no lo veo, no lo creo. Thomas Greene se ha convertido en un corderito.

—Está impresionado porque logramos salir del desfiladero —contestó Ringo—. Tengo que ser duro con ellos, aunque no me gusta. Y te apuesto doble contra sencillo a que no es un corderito. La próxima vez que lo veas estará tan borracho como una cuba.

Vamos a la casa del juez Taylor.

# CAPÍTULO VIII

El juez Rock Taylor era un hombre de unos cincuenta años, calvo, con nariz de búho.

—Siéntense, señores. Nataniel Costard no tardará en llegar.

—¿Y quién más? —preguntó Ringo.

—No lo sé.

—Pero usted tiene preparada la escritura de venta y debe conocer a las dos partes, al vendedor y al comprador.

—Disculpe, señor Martin, pero no puedo decir nada casta que Costard se presente.

Ya pasaban dos minutos de la hora, cuando apareció Nataniel Costard.

—Celebro que estén aquí.

—¿Dónde está el comprador? —preguntó Ringo.

Nataniel abrió la puerta y entró un hombre de unos treinta y cinco años, alto, muy seguro de sí mismo.

—Caballeros —dijo Nataniel—. Les presento a Michel Blunt.

Ni Land ni Martin hicieron un gesto para salirle al encuentro.

Blunt preguntó:

—¿Quién de ustedes es Tony Land?

—Yo.

—Tanto gusto, señor Land —levantó un maletín—. Aquí traigo los doscientos cincuenta mil dólares.

—¿En efectivo?

—Sí, señor, en efectivo.

Ringo intervino:

—¿Quién es usted, señor Blunt?

—Represento a un Sindicato.

—¿Qué Sindicato?

—El de Ferrocarriles y Minas del Medio Oeste.

—¿Y por quién está formado?

—Señor Martin, un Sindicato está formado por muchas personas…

—Por capitalistas.

—Así es, y ellos no dan su nombre. Tienen acciones.

—¿Y qué pinta usted en ese Sindicato, señor Blunt?

—Yo soy su agente de compra-venta.

—¿Desde cuándo opera el Sindicato?

—Se formó hace unos meses.

—¿Y a quiénes han robado?

—¿Cómo? ¿Qué?

—Ese Sindicato es inmoral.

—¡Señor Martin!

—No quito una sola palabra. Ustedes han pagado a Harry Bormann para que presione al señor Land.

—No sé de qué me habla. Señor juez, ¿qué significa esto?

—Yo tampoco lo comprendo, señor Blunt. Señor Martin, le ruego que se reporte.

Ringo estaba lanzado y avanzó sobre Blunt, a quien atrapó por las solapas de la chaqueta.

—Confiese, Blunt. Utilizaron a Harry Bormann para que atacase una y otra vez el ferrocarril de Tony Land.

—¡Falso!

—De esa forma, podrían comprar ustedes por doscientos cincuenta mil dólares lo que al año que viene valdría dos millones. Porque ustedes han pensado vender a la Union Pacific.

—¡No hemos pensado nada de eso!

—Está descubierto, señor Blunt.

—Juez, dígale a este hombre que aparte sus manos de mí.

—¡Señor Martin, no puedo consentir que utilice mi oficina como si fuese un *saloon*!

Ringo empujó a Blunt haciéndolo caer en un sillón.

—Quiero darle un mensaje para su Sindicato, Blunt. Dígales a sus capitalistas que se estén quietos, dígales qué no vendemos, dígales que por cada golpe que nos den ellos, nosotros daremos tres, y que si quieren llevar esta guerra a sangre y a fuego, nosotros replicaremos de la misma forma.

Blunt se levantó rojo de ira.

—¿Es su decisión, señor Land?

—Desde luego.

—De acuerdo.

Blunt salió con paso rápido del despacho y Nataniel Costard lo siguió desconcertado.

El juez Rock Taylor carraspeó.

—Señor Martin, tiene usted suerte de que no estoy actuando como un tribunal o le habría impuesto una grave multa.

—¿De qué parte está, juez?

—¿Eh?

—Blunt representa a gentuza.

—¿Puede probar que ese Sindicato está apoyando a Bormann?

—No, no lo puedo probar.

Entonces, podría ser condenado por calumniar a personas decentes.

—¿Dónde están las personas decentes?

Tony cogió del brazo a su amigo.

—Será mejor que nos marchemos, Martin.

El juez sacudió la cabeza.

—Sí, señor Land. Llévese a su amigo o terminaré por demandarlo yo mismo.

Tony empujó a Ringo fuera del despacho.

—Después de todo, el juez tiene razón —dijo Tony en la calle—. ¿Y si te equivocas? ¿Y si el Sindicato no tuviese nada que ver con Harry Bormann?

—Para mí está muy claro. Es el Sindicato que representa Blunt el que ha lanzado sobre ti a Harry Bormann. Si esos forajidos hubiesen logrado su objetivo en el desfiladero, habrías aceptado la oferta del cuarto de millón.

Entraron en el *saloon* de Marta.

No vieron a George Greene por ningún sitio.

—Seguro que Thomas está en un reservado —dijo Tony.

Ringo se encogió de hombros.

—Que se divierta un poco porque luego no podrá.

—¿Piensas que nos volverán a atacar?

—No tengo la menor duda.

Pidieron *whisky*. Dos *girls* trataron de pegar la hebra con ellos,

pero Ringo las alejó.

Tony dijo sonriente:

—¿Y por qué no nos divertimos nosotros si luego tan poco tendremos tiempo?

—Yo no tengo ganas.

—¿Es por Jane Morgan?

—¿Qué tiene que ver ella?

—Sólo era una sugerencia. La chica te gustó.

—Jane es mona, pero no me divertiría con ella ni, aunque me pagase los gastos.

Una pelirroja con muchas curvas apoyó su brazo en el hombro de Tony.

—¿Me invitas?

—Desde luego.

—Mi nombre es Lucía.

—Tony.

—Estaba pensando en que tú y yo podríamos pasar un rato a solas. ¿O es que no te puedes despegar de tu amigo?

—Eh, Ringo, ¿por qué no te buscas otra?

—Te he dicho que no tengo ganas, pero tú puedes hacer lo que quieras.

—¿Me esperas aquí?

—Me iré dentro de un rato al tren.

—Está bien. Allí nos veremos.

—Que lo pases bien.

Tony le dirigió una sonrisa y se marchó con la pelirroja.

Subieron una escalera y entraron en la habitación señalada con el número 4.

Apenas estuvieron a solas. Tony enlazó a la pelirroja por la cintura y la besó en la boca.

Entonces oyó una voz:

—Buen trabajo, Lucía.

Tony dio un respingo separándose de la joven. Más asombrado quedó al ver en el fondo de la estancia, junto a unas cortinas, a Michel Blunt, el representante del Sindicato.

—¿Qué hace aquí, señor Blunt?

—Lo estaba esperando, Tony.

—¿Para qué?

—Para terminar el negocio que empezamos.

—No habrá negocio.

—¿No? —sonrió Blunt.

—Ya se lo dije en el despacho del juez.

—Usted no dijo nada. Tony. Fue Ringo Martin quien lo dijo todo.

—Su palabra valía tanto como la mía.

—Quiero convencerme de que es así.

—¿Le repito la respuesta que oyó de su boca?

—Sí, Tony, pero espere un momento.

Blunt hizo chasquear los dedos y por entre las cortinas aparecieron dos hombres.

Hubo un silencio que rompió Land.

—¿Qué significa esto, Blunt?

—¿No lo imagina?

—Quiere forzarme a realizar la venta del ferrocarril.

—Usted va a recibir un buen precio. Un cuarto de millón.

—No me sirve.

—No sea tonto, Tony. Con un cuarto de millón usted puede emprender cualquier negocio en otra parte. Pero procure que no sea un ferrocarril.

—Oh, claro, un ferrocarril siempre está expuesto a que lleguen buitres como ustedes, los del Sindicato, y se lo queden por cuatro centavos.

—No me cuente historias tristes. Vayamos al grano.

Blunt puso los documentos y el maletín encima de la mesa.

—Firme y el cuarto de millón será suyo, Tony.

—Ni lo piense.

—Muchachos, ya podéis intervenir.

Tony hizo un movimiento para sacar el revólver, pero los dos fulanos estaban demasiado cerca y se lanzaron sobre él. Uno de los matones le golpeó en la clavícula y el otro en la boca.

Tony rodó por el suelo.

# CAPÍTULO IX

Los dos matones siguieron golpeando a Land, a pesar de que éste se encontraba indefenso en tierra.

—Un descanso, muchachos —dijo Blunt.

Los dos empleados se apartaron.

Tony echaba sangre por las narices y por la boca.

Blunt le sonrió.

—Espero que haya cambiado de opinión, Tony. ¿O necesita que le fracturen unas costillas antes de firmar?

—Es usted un canalla, Blunt.

—Sólo soy un agente del Sindicato y quiero cumplir con mi deber.

—Y para ello llegará hasta el asesinato.

—Es posible. Pero no creo que esta vez tengamos que echar mano a procedimientos que me repugnan. Usted firmará, se llevará el maletín con el dinero y aquí no ha pasado nada.

Tony se levantó tambaleándose y se arrojó sobre Blunt. Pero los matones lo interceptaron en el camino y lo volvieron a golpear.

—Siéntenlo —ordenó Blunt.

Dejaron a Tony en la silla. El joven estaba a punto de perder el conocimiento.

—¿Va a firmar. Tony?

—Sí, creo que sí.

—Bravo.

En ese momento se abrió la puerta del reservado y entró Ringo Martin.

—Está feo que no haya contado conmigo, Blunt —dijo con voz ronca.

El representante del Sindicato empezó a palidecer, pero

enseguida se rehízo y rió.

—Muchachos —dijo—, con él no hace falta que tengáis miramientos. Rompedle las costillas.

Los dos matones corrieron hacia Ringo, pero éste no se estuvo quieto y salió a su encuentro.

Uno de los matones voló por el aire y cayó en la mesa convirtiéndola en astillas.

El otro empleado de Blunt fue castigado duramente por Ringo en el estómago y en la cara. Finalmente, se derrumbó sin sentido.

Blunt fue a sacar un revólver…, pero Tony estaba atento y se arrojó de cabeza sobre él.

Los dos rodaron por el suelo.

La pelirroja Lucía escapó del reservado.

Tony pegó un puñetazo en la boca de Blunt aflojándole varios dientes.

—Déjamelo a mí. Tony —dijo Ringo.

Blunt abrió los ojos asustados.

—¡No me mate, Ringo!

—No soy un asesino —dijo Ringo, y le soltó dos tremendas bofetadas.

Blunt gimió:

—Sólo soy un empleado.

—Un gusano, Eso es usted, Blunt. Abre el maletín Tony.

Tony lo abrió y se quedó asombrado.

Sacó periódicos viejos.

—Lo imaginaba —dijo Ringo—. Con que un cuarto de millón, ¿eh, Blunt? Querían comprar el ferrocarril por nada.

—¡El Sindicato habría mandado después el dinero! —exclamó el agente—. No podía traer un cuarto de millón en efectivo.

—Hay mucho ladrón suelto y ustedes no podían correr ningún riesgo. Son así de escrupulosos —le soltó otra bofetada.

La cabeza de Blunt se bamboleó.

Su cara estaba llena de sudor y de sangre, porque Tony le había partido el labio inferior.

—Blunt —dijo Ringo—. Ahora quiero el nombre del presidente de ese Sindicato.

—Se lo diré.

—¡No pierda más tiempo! ¡Suéltelo!

—Douglas Worcester.

—¿Lo conoces, Tony?

—Es un financiero que reside en Austin. Tiene pozos de petróleo y otros negocios.

—Y ahora se quiso hacer ferrocarrilero. ¿Quiénes hay con él, Blunt?

—No los conozco, pero la mayor parte del capital del Sindicato está a nombre de Worcester.

—¿Dónde está ahora Worcester?

—En Copper City.

—Y supongo que se quedará allí hasta que usted llegue.

—Sí, eso es. Yo tenía que ir a Copper City con las escrituras firmadas.

—Pues no va a hacer ese viaje, Blunt. Lo haremos nosotros por usted.

—¿Qué quiere decir?

—Que nosotros le entregaremos las escrituras al señor Worcester, aunque naturalmente estarán sin firmar.

Uno de los matones trató de levantarse y Ringo le pegó un puñetazo entre los ojos, enviándole de nuevo a la región de los sueños.

—Necesito un médico —dijo Blunt.

—Lo tendrá.

—Déjeme marchar.

—Todavía no terminamos, Blunt.

—¿Qué quiere ahora?

—Hábleme de Harry Bormann.

—No puedo decirle nada.

Ringo le soltó otra bofetada.

—Le juro que no sé nada. Mis funciones son muy limitadas.

—Harry Bormann trabaja por un lado y usted por otro, pero los dos están al servicio del Sindicato de Worcester.

—Sólo le puedo responder de mí.

Ringo lo dejó caer en el suelo.

—Larguémonos, Tony. Esta habitación apesta.

Tony y su amigo salieron del reservado. Martin tuvo que ayudar a Tony porque éste no andaba con paso seguro.

—Espero que aborrezcas a las pelirrojas por una temporada.

—No me las nombres, por favor.

Jane Morgan estaba comiendo en un restaurante de Ithaca en compañía de Frank.

—No puedo soportar a cierta clase de tipos —dijo la joven.

—¿Ya estás pensando otra vez en Ringo Martin?

—Es que no me lo puedo quitar de la cabeza.

—Cuidado, Jane. Te podrías enamorar de él.

—¿Qué tontería estás diciendo? ¿Yo enamorarme de Ringo Martin? Tendría que estar loca.

—Dicen que el amor es, ni más ni menos, que un ataque de locura.

—Eso lo dijo un tonto.

—Por lo visto hay muchos tontos por el mundo.

—Odio a Ringo Martin. Lo odio con todas mis fuerzas.

En aquel momento oyeron una voz:

—Jane, querida, qué sorpresa.

—¿Cómo estás, Gregory?

Gregory Bardolf era abogado, tenía treinta años, de cabello rubio, muy guapo.

—Estás más bonita que nunca, Jane.

—Me alegra mucho verte, Gregory.

—¿A dónde vas, Jane?

—A Copper City. Te presento a mi secretario; Frank Perkins.

Los dos hombres cambiaron un apretón y Frank dijo:

—Será mejor que vaya al tren para comprobar el cargamento de dinamita.

—Sí, Frank, es una buena idea —dijo Jane.

El secretario se marchó después de despedirse de Gregory Bardolf, y éste ocupó una silla.

—Es un encuentro que debo agradecer, Jane.

—¿Por qué?

—Me disponía ir a Dallas para verte.

Jane se puso en guardia. Gregory era otro de sus admiradores, que de vez en cuando se le insinuaban. ¿Es que Gregory le iba a hacer una declaración de amor como Frank? Oh, no; no tenía ganas de escuchar ninguna palabra amorosa.

—Jane, yo…

—Hace buen tiempo, ¿eh?

—Sí, bastante bueno; pero yo quería decirte…

—¿Cómo está el señor Smith?

—¿Qué señor Smith?

—Aquel que en la fiesta de tu cumpleaños se embriagó y se tiró al pozo.

—No fue el señor Smith quien se tiró al pozo.

—¿Se cambió de nombre?

—No, no se cambió de nombre. Es que tenía otro desde que nació. Se llama Jones.

—Ah, sí, el señor Jones. Seguro que pescó una pulmonía.

—No, era un tipo demasiado fuerte… Volviendo a lo de antes…

—¿Y tú prima Rosse? ¿Le salió al fin la muela del juicio?

—No lo sé, ni me importa.

—Pues debería importarte, Gregory.

—¿Por qué?

—Porque es tu prima.

—Jane, quiero hablarte de algo importante. Del asunto que me llevaba a Dallas. Quiero comprarte tus minas de Copper City.

La joven hizo un gesto de asombro.

—¿Las minas de Copper City?

—Sí.

—Creí que sólo eras abogado.

—Pues ya lo ves. Ahora voy a ser minero. Me informé de que esas minas se han convertido para ti en un problema. El filón está demasiado profundo y te resultará antieconómico su explotación.

—¿Y para qué quieres tú las minas?

—Bueno, en realidad no son para mí. Yo actúo solamente como un representante.

—¿A quién representas?

—A un Sindicato.

—¿Cómo se llama?

—El Sindicato de Ferrocarriles y Minas del Medio Oeste.

—¿Tú formas parte de él?

—Soy el asesor jurídico.

—¿Y quiénes integran el Sindicato?

—Douglas Worcester y otras personas.

—Gracias por la información, pero no vendo, Gregory.

—Ésta es una oportunidad que no debes desaprovechar. Ya no

puedes explotar tu mina.

—¿Y cómo la va a explotar el Sindicato?

—Al Sindicato no le importa esperar unos años, hasta que se fabrique la maquinaria adecuada para sacar el cobre de donde está.

—A mí se me ha ocurrido un procedimiento.

—¿Cuál?

—La dinamita.

—¿Hablas en serio, Jane?

—Claro.

—No puedes hacer eso. Hundirías las montañas de Copper City si tratases de abrirte paso hasta el filón con la dinamita.

—Ordené un examen geológico de las tierras y el resultado fue positivo. Con lo que te quiero decir que estáis equivocados. Puedo emplear la dinamita y no hundiré una sola montaña.

Gregory se quedó unos instantes con la boca abierta, luego reaccionó.

—No sé. Sigo teniendo mis dudas.

—Yo te las disiparé porque, en cuanto llegue a Cooper City, emplearé la dinamita en la mina.

—Te advierto que mi oferta es buena. El Sindicato de Worcester está dispuesto a pagarte cincuenta mil dolares.

La joven se echó a reír.

—¿Y tú llamas a eso una oferta buena, Gregory?

—Teniendo en cuenta las dificultades de la explosión…

—Esas dificultades ya no existen.

—¿Y si te equivocases, Jane?

—No me voy a equivocar. Pero como nuestros puntos de vista son distintos, es preferible que lo dejemos.

Gregory se levantó.

—¿Te he despedido, Gregory? —dijo ella.

El abogado le sonrió.

—No, ya sé que no. Es que tengo que hacer algo importante antes de ir al tren. ¿En que vagón viajas, Jane? —En el número tres.

—Nos veremos allí. Hasta luego, Jane.

# CAPÍTULO X

Gregory Bardolf entró en una habitación donde se encontraba Michel Blunt. El aspecto de éste era lamentable, ya que exhibía muchos desperfectos en el rostro.

—¿Qué pasó, Blunt?

—No salieron las cosas como estaban preparadas.

—Fracasaste. Ésa es la palabra.

—Fue culpa de ese entrometido de Ringo Martin. Si él se hubiese estado quieto, el ferrocarril ya sería nuestro. Tuve a Tony Land en mis manos… Y lo peor es que se quedaron con las escrituras.

—¿Para qué?

—Ringo quiere entrevistarse con Worcester en Copper City y, probablemente, sueña con el momento de arrojarle a la cara las escrituras.

—Divertido, muy divertido.

—Para mí no lo fue.

—Para mí tampoco. Lo decía como una ironía. Yo tampoco conseguí mi objetivo.

—¿Hablaste con Jane Morgan de las minas?

—Sí, y le hice la oferta en nombre del Sindicato, pero se niega a vender.

—Es curioso.

—¿Dónde está lo curioso?

—Que en ese tren viajan las dos personas que pueden contribuir a que nuestra misión sea un éxito. Ringo Martin y Jane Morgan.

—Yo viajaré con ellos.

—Yo no puedo.

—Sé que no puedes, Blunt.

—Iré a caballo y llegaré casi al mismo tiempo a Copper City.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció un hombre rubio.

—Hay un telegrama para ti, Gregory.

Gregory cogió el telegrama y leyó su contenido, que decía:

«Blunt fracasó. No nos sirve. —Worcester».

Gregory le entregó al rubio el telegrama.

—Léelo, Ralph.

El rubio leyó el contenido del telegrama, también para sí, y cambió una mirada con Gregory. Éste le hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Michel Blunt preguntó:

—¿De qué se trata?

—De nada importante. Será mejor que te vayas al establo, que cojas tu caballo y emprendas el viaje a Copper City.

—Quisiera descansar un par de horas.

—No tienes tiempo.

—Como tú quieras, Gregory.

Michel Blunt salió de la casa y se dirigió al establo.

Minutos más tarde salía de la ciudad. Estaba en un lugar solitario, cuando sonó un estampido. Sintió que una aguja al rojo vivo se le clavaba en la carne. Dio chillido mientras caía de la silla. No estaba muerto solo herido.

Movió la mano hacia el revólver, pero se paralizó ver a la persona que salía de entre las rocas.

—Ralph, ¿has sido tú?

El rubio no le contestó. Siguió caminando hacia con una sonrisa helada en los labios.

—¡Ralph, contéstame! ¿Qué significa esto?

Ralph se detuvo a unos dos metros apuntándole con el rifle.

—¡No, Ralph…! ¡No lo hagas!

El rubio apretó el gatillo.

La bala golpeó contra el pecho de Blunt arrojándolo contra el suelo. Esta vez el proyectil fue certero porque lo mató en el acto.

—¿Hiciste un buen trabajo, Ralph? —preguntó Gregory Bardolf.

—Blunt ha dejado de ser un hombre fracasado. Ahora es un hombre muerto.

—Tendrás que matar a otra persona antes de que subamos al

tren.

—¿A Ringo Martin?

—No, es una pieza demasiado gorda.

Ralph sonrió.

—Me gustan los peces de buen tamaño. Déjame que liquide a Ringo Martin.

—Cada asunto a su tiempo. Tenemos informes de Ringo y sabemos que es un tipo demasiado peligroso.

—No hay nadie demasiado peligroso para mí.

—No lo dudo, Ralph. Pero no conviene precipitarse. Ringo y Tony Land llevan con ellos a tres hombres. Hay un tipo del grupo que se llama Thomas Greene. Uno de nuestros muchachos lo ha seguido. Greene está en un reservado de la casa de *Madame* Lulú. Ha bebido demasiado. Ya sabes lo que tienes que hacer.

—De acuerdo.

Thomas Greene cogió la botella y la miró al trasluz. Estaba vacía.

—¿Qué infiernos pasa aquí, Liz?

La muchacha que estaba con él le contestó:

—Te lo has bebido todo, Thomas.

—¿Y tú? ¿Es que no bebes?

—Mucho menos que tú, querido —contestó Liz, y lo besó en la comisura de la boca.

—Anda, trae otra botella.

—Pero no te vayas.

—Descuida, no me iré de aquí.

Liz salió del reservado.

Greene se puso a canturrear una canción. El *whisky* era bueno y Ringo Martin le había prohibido beber. Que se fuese al infierno. ¿Cuándo saldría el tren? Oh, sí, de un momento a otro. Bueno, iría al tren haciendo eses y, si era necesario, se enfrentaría con Ringo. Le diría: «No soy un niño, Ringo, ya soy un hombre y sé cuidarme, ¿lo entiendes?».

Sí, eso le diría. Se echó a reír imaginando la cara que pondría Ringo.

La puerta se abrió y Thomas volvió la cabeza, diciendo:

—Trae esa botella, Liz.

Pero no era la *girl*. La persona que había entrado en el reservado

era un tipo rubio, aunque él traía una botella en la mano.

—¿Y Liz? —preguntó Thomas.

—Tiene que hacer y me encargó que te trajese la botella.

—Gracias. Eres un tipo simpático. No te conozco, pero eres un tipo simpático… ¿Un trago?

—No.

—¿Por qué no, muchacho?

—No bebo cuando trabajo.

Greene miró al rubio con ojos parpadeantes, y de pronto soltó la carcajada.

—Con que no bebes cuando trabajas. Lo mismo me dijeron a mí. Que no podía beber mientras estuviese trabajando. ¿Quién inventó esa maldita frase?

—Alguien con mucho juicio.

Greene estaba empinando la botella y, al oír aquello, la apartó de su boca y el *whisky* se le derramó por la barbilla y por el pecho.

—Mucho juicio, ¿eh?

—Así es.

—¿Cómo te llamas?

—Ralph.

—¿Ralph, qué más?

—Para ti, basta con Ralph.

—El *whisky* es lo mejor del mundo. Yo no he encontrado otro amigo en el que pueda confiar. —Greene palmeó la botella contra su pecho—. Ralph, te presento a mi hermano… Somos inseparables.

Palmeó otra vez la botella y le dio un beso.

—Mi hermano *whisky*, cuánto te quiero.

—Despídete de tu hermano —dijo Ralph.

Greene alzó los ojos y frunció el entrecejo al ver el revólver que el rubio manejaba.

—¿Qué es eso, muchacho?

—Me presentaste a tu hermano. Yo te presentaré al mío. Se llama «Colt».

—Déjate de bromas.

—No es ninguna broma. ¿No tengo derecho a tener también un hermano?

—No me gusta nada. Encierra a tu hermano en esa funda.

—Qué pena, mi hermano se ha enfadado. Se enfada siempre que

encuentra algo que no le gusta.

Ralph hizo un disparo.

Greene cayó de la silla, pero se llevó consigo la botella porque la seguía apretando contra su pecho.

Quedó tendido en el suelo y el *whisky* se derramó por su cara. La bala le había perforado el pulmón derecho.

Ralph caminó hacia él.

—¿Lo ves, Greene? Irritaste a mi hermano y él es muy quisquilloso.

Hizo fuego de nuevo.

La bala rompió la botella y el corazón de Greene.

—Es la hora de partir y Greene no aparece —dijo Tony Land.

Ringo hizo un gesto rabioso.

—Tendré que ir a buscarlo.

—¿Por qué no lo dejamos?

—No podemos prescindir de ningún hombre y Greene es bueno.

Recorrió varios lugares hasta que encontró una *girl* que le informó acerca de Greene. Estaba en casa de *Madame* Lulú. Al entrar allí se encontró con un gran alboroto.

El *marshall* local estaba junto con su ayudante. Habían matado a un hombre en un reservado.

Una joven estaba llorando apoyada en la pared.

Ringo se enteró de que ella se llamaba Liz y que había estado en compañía del hombre asesinado. Fue a la habitación donde estaba la víctima y sintió que el corazón le daba un vuelco al comprobar que se trataba de Greene.

Regresó junto a Liz y la llevó a un rincón, entregándole un billete de a cinco dólares para que le contase todo.

—Le aseguro que nunca había visto al rubio. Me dijo que él se encargaría de llevar la botella a Greene. Me aseguró que tenía que ventilar un negocio con él y me dio dos dólares. No podía imaginar que el rubio mataría a Greene.

—Descríbeme a ese rubio.

Liz se lo describió y Ringo volvió a la estación.

—¿Y Greene? —le preguntó Tony.

—Ya terminó de viajar. Lo mataron.

# CAPÍTULO XI

Gregory Bardolf y Ralph estaban fumando en la plataforma del vagón.

—Sigo pensando en que me debes dejar que mate a Ringo —dijo el rubio.

—Si fallases, podría ser la catástrofe para mí, pero ya he pensado en el asunto.

—¿Qué quieres decir?

—Contraté a dos tipos para que hiciesen el trabajo.

—¿Dónde están?

—En este tren.

Ralph chasqueó la lengua:

—Hubiese preferido hacerlo yo.

—En esta vida hay que hacer las cosas bien, Ralph. ¿Por qué arriesgarse cuando hay gusanos que pueden matar por nosotros?

—¿A quiénes contrataste?

—A Jerry Quickly y Paul Glendower. Salieron de la prisión territorial hace un par de semanas y se encontraban sin blanca. Son dos elementos de cuidado. Los conocí hace un par de años en Abilene…

—¿Cuánto les pagaste?

—Poco. Ya te he dicho que están en mala situación. Veinticinco dólares a cada uno.

—Muy barato.

—Ya lo ves. Con una inversión mínima de cincuenta dólares, vamos a quitarnos de encima al tipo que nos estorba en este negocio.

—No está mal.

—Basta de diálogo. Métete en el tren y lee.

—No me gusta leer.

—Pues piensa.

—Tampoco me gusta pensar.

—Bueno, puedes hacer lo que quieras. Yo me voy con Jane Morgan. Tengo que seguir hablando con ella del asunto de las minas.

Jerry Quickly lucía un bigote espeso que casi le cubría la boca.

—¿Cuándo lo haremos, Paul?

—Aquí mismo. En esta plataforma.

—Pero ese tipo no viene.

—Ya vendrá.

Jerry sufría un tic nervioso en el ojo izquierdo. Lo había contraído en la cárcel.

—¿Y si no se le ocurre salir del vagón, Paul?

—Saldrá, hombre, saldrá.

—Ojalá aciertes. Me pone enfermo esperar tanto.

—Tranquilízate.

—Yo preferirla ir al vagón y emprenderla a tiros con Ringo.

—Eres un imbécil. Ringo Martin no estará solo allí. Lo acompañan tres hombres y ellos no se estarán quietos.

—Así sería más emocionante.

—Jerry, a veces me pregunto qué cantidad de sesos tienes en la cabeza.

—Perdona, Paul.

—Un día de éstos te voy a dejar.

—¡No digas eso, Paul! ¡Por lo que más quieras, no lo digas! Hice mucho por ti en la cárcel. ¿Recuerdas lo que decían los demás?

—¿Qué decían los demás, Jerry?

—Que yo era tu criado. A más de uno rompí la boca por decirlo. Pero, bien mirado, ellos tenían razón. Hacía todo lo que tú me ordenabas, Paul.

—¿Lo vas a lamentar?

—Oh, no, de ninguna forma, Paul. Yo sigo haciende lo que tú me mandas. Por eso no debes decir que me vas a dejar.

—Cuidado, ahí viene, Jerry.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Ringo Martin.

Lo había visto por el cristal de la portezuela. Ringo Martin

avanzaba por el corredor.

—¿Viene solo? —preguntó Jerry sin mirar.

—Sí.

—Estupendo.

—Escucha bien, Jerry. Yo tropezaré con él y le cogeré los brazos para inmovilizarlo. Entonces tú sacas y te lo cargas sin peligro. ¿Entendido?

—Sí, Paul.

—Quédate ahí. Yo me acercaré a él.

En aquel momento se abrió la puerta contraria y apareció una linda joven.

Ringo salió por la otra portezuela, pero Paul, ante la presencia de la muchacha, no se abalanzó sobre Ringo para sujetarlo por los brazos.

—Hola, Jane —dijo Ringo.

La muchacha cruzó los brazos.

—Iba en su busca, señor Martin.

—Pues aquí me tiene.

—Quiero protestar.

—¿Otra vez?

—Mi secretario Frank estuvo en el vagón de mercancías. Me ha informado que la dinamita no viaja en buenas condiciones. El cajón que usted rompió para extraer los cartuchos no fue reparado.

—No lo reparé por si necesitábamos más dinamita para seguir adelante.

—Me asombra su desfachatez.

—Y a mí su terquedad, Jane.

—¿Qué ha dicho?

—Su testarudez.

—¿Yo testaruda?

—Y terca. ¿No se ha dado cuenta de que nos estamos jugando la vida?

Jerry Quickly y Paul Glendower cambiaron una mirada al oír aquellas palabras de Ringo. Paul vio que Jerry movía la mano hacia el revólver y se apresuró a hacerle un gesto negativo con la cabeza.

Jane Morgan dijo:

—Usted ve enemigos en todas partes, señor Martin. Estoy segura de que desconfía de todos los viajeros.

—Es posible.

—¿Se atreve a admitirlo? ¿Quiere decir con eso que también desconfiaría de estos dos caballeros que están en la plataforma?

Ringo miró a los dos caballeros a que se refería Jane.

Jerry Quickly se quedó con la boca abierta, moviendo muy aprisa su ojo nervioso, y Paul Glendower formó una sonrisa.

—Ande, diga, señor Martin —insistió Jane—. ¿También estos dos hombres quieren matarlo?

—Espero que no.

—¿Sólo lo espera?

—Eso he dicho.

Jane miró indignada a Paul Glendower y a Jerry Quickly.

—¿Se dan cuenta de qué clase de hombre tenemos aquí? Ustedes ni lo conocen. No saben siquiera quién es. No tienen nada que ver con él. Pero el señor Martin sospecha que ustedes, en un momento determinado, podrían sacar el revólver y liarse a tiros con él.

Instintivamente, Jerry hizo un gesto afirmativo y movió otra vez la mano hacia el «Colt».

Paul Glendower chilló:

—¡No, Jerry! La señorita no te ha dicho que lo mates. Sólo se refiere a que el caballero, el señor Martin, desconfía de nosotros.

—Ah, ya…

Jane habló de nuevo:

—Señor Martin, ¿por qué no saca el «Colt» y la emprende a tiros con estos dos hombres?

Paul y Jerry se quedaron de muestra mirando a Ringo. Éste se apretó el puente de la nariz con la mano izquierda y dijo:

—Jane, está llevando esto demasiado lejos.

—¿Quién lo lleva demasiado lejos?

De pronto el tren frenó bruscamente.

Jane perdió el equilibrio.

Ringo saltó para evitar que la joven cayese.

Paul Glendower gritó:

—¡Ahora, Jerry!

Quickly tiró del revólver y, fue secundado por Glendower.

Jane vio aquello y soltó otro chillido.

Ringo se encontraba en una situación forzada, debido a que continuaba rodeando con su brazo la cintura de la joven.

Hizo lo único que podía hacer. Dejarse caer con Jane en el suelo, mientras sacaba con la otra mano.

Jerry ya había empezado a disparar, aunque sus balas no mordieron carne debido a que su víctima no estaba en el lugar donde esperaba.

Y luego Ringo ya no concedió ninguna oportunidad, porque disparó una y otra vez contra los dos asesinos.

Jerry se derrumbó con dos agujeros en el pecho, y Paul sintió una bala en las tripas, pegó un enorme salto y, cuando bajaba, otro plomo le atravesó la garganta.

Jane agrandó los ojos mientras observaba a los dos cadáveres.

—¿Decía algo, señorita Morgan? —dijo Ringo.

Continuaban muy juntos, en el suelo.

—Pero…, pero… —tartamudeó la joven.

—Claro, yo soy muy desconfiado y creo que todo el mundo intenta matarme. Pero no tengo razón, porque estos dos caballeros sólo estaban aquí para ofrecerme bombones.

—¿Quiere dejar de burlarse de mí?

—¿Le he dicho que es usted muy linda?

—Sí, me lo ha dicho.

—¿Se lo puedo repetir?

—Desde luego.

—Es usted muy linda.

—Señor Martin, déjelo para otro momento.

—Éste es bueno —dijo Martin y la besó.

Ella se dejó besar durante diez segundos y luego le pegó un empujón y se puso en pie.

—Señor Martin, no me gustan nada sus trucos.

—¿Supone que maté a estos dos hombres para lograr besarla?

—Usted dirá lo que quiera, pero se ha aprovechado de mi momento de debilidad. No quiero que crea que tengo el menor interés en usted. Yo estaba muy emocionada después de la muerte de estos dos hombres.

—La comprendo. Una mujer que se encuentra en circunstancias de tanta emoción, es propensa a consentir que un hombre la bese.

—Ni más ni menos.

—¿Quiere que le devuelva el beso?

—¡De ninguna manera! ¿Cree que soy tonta? Sé en qué consiste

la devolución. En besarme otra vez. ¿Qué es lo que persigue, señor Martin?

—¿De usted?

—Sí, de mí.

—Nada.

—Pero usted me ha besado hace un momento y lo hizo…

—Continúe, ¿cómo lo hice?

—Con bastante calor.

—Bueno, un hombre también pasa por momentos de emoción cuando se ha librado de la muerte. De modo que no saque consecuencias. La besé a usted porque la tenía a mano, pero lo mismo habría besado a una escoba.

—¿A qué?

—A una escoba.

—Es usted un desconsiderado, señor Martin. Hasta ahora nadie me había comparado con una escoba. ¡Sépalo de una vez por todas! En Dallas me comparan con algo mucho más sugestivo.

—¿Con qué la comparan?

—Con una pantera.

—Ah, sí, ¿y por qué?

—¿Cómo que por qué? ¡Porque tengo zarpas!

—La gente no sabe lo que dice. Yo no veo que tenga usted zarpas. Sus manos son muy bonitas y estoy seguro de que sus dedos han sido hechos para acariciar.

—¿Usted cree? ¿Para acariciarle a usted?

—No, yo paso. No me interesa en absoluto que me acaricien sus dedos.

—No voy a proseguir esta discusión, señor Martin. ¡Es la más absurda de mi vida!

La joven dio media vuelta y abandonó la plataforma.

Ringo esbozó una sonrisa y se dedicó a registrar a Paul Glendower y Jerry Quickly, los hombres que habían intentado asesinarlo, pero no encontró nada que le diese una pista. Pero ¿qué falta le hacía? Aquellos dos hombres, como Harry Bormann y sus forajidos, estabas pagados por el Sindicato de Worcester. De eso no tenía la menor duda.

# CAPÍTULO XII

Gregory Bardolf se deslizó en el asiento, junto a Ralph.

—¿Ya hicieron el trabajo? —preguntó el rubio.

—Una chapuza. Eso fue lo que hicieron. Ringo Martin se los cargó.

—Vaya dos tipos de confianza, ¿eh?

—No comprendo cómo ese par de imbéciles han podido dejarse emplomar. Bueno, la verdad es que Ringo tuvo una ayuda inesperada.

—¿Y quién le ayudó?

—Jane Morgan.

—La chica de los ojos grandes. ¿Quieres decir que está por él, Gregory?

—No, nada de eso. Jane me lo contó todo. Fue casual. Fue cuando el tren frenó bruscamente porque nos acercábamos a una curva. Ringo cogió a Jane para que no cayese y los dos imbéciles creyeron que era el mejor momento para despacharlo.

—Pero se equivocaron y los despacharon.

—Así ocurrió, Ralph.

—Ahora entro yo en acción.

—Sí, muchacho. Dentro de dos horas llegaremos a Copper City y Ringo Martin no debe pisar aquel pueblo. No quiero ni pensar la que armaría Worcester.

—Descuida, a Ringo lo sacarán en Copper City con los pies por delante.

—¿Cómo lo harás?

—Tengo un procedimiento que siempre me ha dado resultado.

—¿Cuál?

—El de hacerme el borracho.

—No está mal. ¿Y qué haces?

—Es la mar de sencillo. ¿No es natural que un hombre ebrio que está a punto de desplomarse reciba la ayuda del tipo que está más cerca? El me sujeta y yo, en el momento más inesperado, le pego un cuchillazo en el riñón.

—Adelante, Ralph. Quiero que lo hagas inmediatamente.

—Allá voy —dijo Ralph y se levantó.

Tony Land dijo:

—Será mejor que te quedes aquí, Ringo. Este convoy se ha convertido en un peligro permanente para todos nosotros y especialmente para ti.

—No tengo más remedio que darme una vuelta.

—¿Para qué?

—Los dos asesinos que liquidé fueron pagados por alguien que viaja en este tren. Quiero descubrir quién es.

—¿Por qué no esperas a llegar a Copper City?

—Hemos de llegar a Copper City con las mayores ventajas. Ya puedes estar seguro de que Worcester tendrá allí una manada de pistoleros.

—¿Supones que estará Harry Bormann?

—No me extrañaría.

—Lograremos la ayuda del *marshall* local. Ya sabes que es Alain Moth y siempre me ha parecido honrado.

—Pero a Alain Moth hay que llevarle pruebas. ¿Y qué mejor prueba que presentarle al tipo que en este tren está representando a Worcester?

—La idea es buena.

—No me has dejado terminar, Ringo. Es buena, pero peligrosa de llevar a la práctica.

—Haber aceptado tu empleo fue lo más peligroso que hice —sonrió Ringo—, pero está resultando divertido.

Ringo pasó de un vagón a otro.

Abrió una portezuela y vio salir a un tipo dando trompicones y que cantaba una canción mejicana.

Era el rubio Ralph.

—Parece que bebió demasiado —dijo Ringo.

—Nunca se bebe demasiado cuando se bebe a la salud de la suegra.

—La tiene bien, ¿eh?

—No, se murió —rió Ralph—. Y por eso estoy brindando. ¡Dios mío! Todo me da vueltas. Qué tren más entraño. En lugar de ir derecho, va trazando círculos.

—Va derecho. Es usted el que hace los círculos.

—Demonios, ¿lo dice en serio…? ¡Qué malito estoy…!

—Será mejor que se acueste.

—¿Acostarme? Sería horrible. ¡Socorro! ¡Que me caigo!

Ringo lo sujetó con sus brazos.

Ralph deslizó la mano en el bolsillo derecho, donde tenía el cuchillo.

Ringo le palmeó la cara.

—Vamos, hombre. Póngase derecho.

—Quiero brindar otra vez por mi suegra muerta.

—A su mujer no le gustaría.

—A mí me gusta, y es lo que importa.

Ralph sacó la mano con el cuchillo. Un segundo más y clavaría la hoja en el costado del entrometido.

Ringo saltó.

El cuchillo rasgó el aire.

—Te vi, rubio —dijo Ringo—. En el cristal de la puerta.

Ralph soltó un rugido y le asestó otra cuchillada.

Ringo volvió a brincar y, al mismo tiempo, atrapó la muñeca armada de Ralph. Hizo palanca con el brazo y el rubio dio una voltereta en el aire y al caer se hundió el cuchillo en el estómago hasta la empuñadura.

—¿Ves lo que pasa por brindar por la suegra? —dijo Ringo.

Ralph desorbitó los ojos.

—¡Puerco! —dijo.

Ringo se inclinó sobre él.

—Tú mataste a Thomas Greene. Por eso no me fié de ti. Me dieron tu descripción. Cuando te vi salir por la portezuela, decidí vigilar tus movimientos.

Ralph soltó una bocanada de sangre.

—¡Maldito seas…! ¡Nunca me falló el truco…!

—¿Quién es tu jefe?

—Vete al infierno.

—El único que se va al infierno eres tú, rubio. Anda, escupe lo

que llevas en el buche y morirás más tranquilo.

—Gregory Bardolf —dijo Ralph y se murió.

Gregory Bardolf estaba sentado al lado de Jane Morgan.

—¿Has pensado bien lo que te conviene hacer con respecto a tus minas de cobre, Jane?

—Claro que lo he pensado bien. Las explotaré por mi cuenta.

—Es una pena que no te aproveches de la ocasión que te brindo.

—Quien se quiere aprovechar de la ocasión es el Sindicato que tú representas.

Una voz intervino en aquel diálogo:

—¿Hablan quizá del Sindicato de Ferrocarriles y Minas del Medio Oeste?

Era Ringo Martin, quien había aparecido por detrás.

Gregory dio un respingo.

—¿Qué le pasa, señor Bardolf? —dijo Martin—. ¿Lo asusté?

Gregory se había quedado de piedra, ya que si Ringo estaba allí, significaba que Ralph había fallado también.

Forzó una sonrisa.

—Se presentó por sorpresa. Eso fue todo.

—Todavía no contestó a mi pregunta.

—Sí, represento al Sindicato de Ferrocarriles y Minas del Medio Oeste.

Jane intervino:

—Señor Martin, ¿con qué derecho se entromete en nuestra conversación?

—Un tipo trató de acuchillarme, pero él fue la víctima. Era empleado suyo, señor Bardolf.

—No entiendo.

—Lo entiende demasiado bien. Le estoy hablando de Ralph, el hombre que asesinó a Thomas Greene y que ahora trató de matarme.

—Disculpe, pero no admitiré eso.

—Me da igual que lo admita o no, señor Bardolf. Ralph habló antes de morir.

—¡Mentira!

Ringo le soltó una bofetada.

Gregory movió la mano hacia el revólver, pero la detuvo cuando vio que Ringo se disponía también a sacar.

Jane se había quedado paralizada.

Ringo sonrió.

—¿Por qué no desenfunda, Gregory?

—Yo no soy un pistolero y usted lo es.

—No es un pistolero y por eso se vale de asesinos para acabar con sus enemigos.

—Está loco.

—Jane, ¿quiere contestarme a una pregunta? ¿Qué tiene que ver usted con el Sindicato?

—Nada —respondió la joven.

—¿Nada?

—¿Qué piensa, señor Martin…? Gregory me hizo una oferta en nombre de ese Sindicato. Querían comprarme con cincuenta mil dólares las minas de cobre de Copper City.

—¿Ha vendido usted?

—Claro que no. Le he dicho a Gregory que explotaré las minas de cobre gracias a la dinamita que transporto en este tren.

Gregory se estaba poniendo cada vez más pálido.

Ringo lo señaló con el dedo.

—Queda detenido, Bardolf.

—¿Es usted *marshall*?

—No, ni tampoco *sheriff*, pero queda detenido.

—¡No puede detenerme si no representa a la ley!

—Represento a la ley en este tren. Fui nombrado jefe de los Vigilantes… Y da la casualidad de que usted es uno de los elementos más peligrosos para que los viajeros y la mercancía puedan llegar a su destino. Levántese, Bardolf.

—¡No me levantaré! ¡Soy un viajero y no consentiré que me atropellen!

Ringo sacó el revólver.

—¿Se levanta por las buenas o lo levanto a culatazos? Elija, señor Bardolf.

Gregory se humedeció los labios con la lengua, pero se levantó.

—¡Protestaré ante el *marshall* de Copper City!

—De acuerdo, pero ahora vendrá conmigo. Viajará el resto del camino en nuestra compañía.

—Jane —dijo Gregory—. Eres testigo de esta detención arbitraria.

Ringo empujó a Gregory y lo llevó por el pasillo hacia el otro vagón.

# Capítulo XIII

Douglas Worcester frisaba los cincuenta años y era robusto, de ojos negros, brillantes.

Le gustaban las actrices. Se enamoraba fácilmente de ellas. La de ahora era Doris Gurney, una inglesa a la que había visto interpretar un par de obras de Shakespeare en San Luis.

La había llevado consigo a Copper City. Ocupaban una *suite* en el hotel Heston.

—Querido, no me gusta este poblacho.

Doris tenía una gran clase. Era rubia, de ojos verdosos, una auténtica gata que sabía ondularse.

—Nos quedaremos aquí muy poco tiempo —le contestó Douglas.

—¿Cuánto tiempo?

—Lo indispensable para ventilar un par de negocios.

—¿Vas a ganar mucho dinero?

—Muchísimo.

—¿Y qué me comprarás?

—Un anillo de compromiso.

Doris rió.

—¿Es cierto, Douglas?

—Ya lo verás, y no tendrás ninguna duda.

—Eres un sol, querido… Nos iremos a Europa en viaje de novios.

—No, iremos a Chicago.

—No quiero ir a Chicago. Quiero ir a Londres.

—¿Para qué?

—Para hacer rabiar a mis amigas. ¿Sabes una cosa? Ellas dijeron que fracasaría en mi gira por los Estados Unidos. Algunas se morirán de envidia cuando me vean aparecer convertida en la esposa de un millonario.

—Es que necesito ir a Chicago.

—Arréglalo, amor mío —runruneó Doris con los labios pegados a los de él.

Entonces llamaron a la puerta.

—Lo siento, pequeña, pero ya nos interrumpieron —dijo Douglas.

La joven se levantó alisándose la falda.

—Tú te lo pierdes —dijo enseñándole la lengua.

Douglas estuvo tentado de mandar al diablo al empleado que hubiese llamado a la puerta, pero recordó que se encontraba en Copper City para realizar un doble negocio que le reportaría muchos millones.

—Adelante —dijo.

Entró su hombre de confianza, Charles Power, un ambicioso joven de veintiocho años, bien parecido.

Doris conocía los efectos devastadores que producía en Charles Power y, como había nacido coqueta, le divertía mucho provocar al empleado del hombre que se iba a convertir en su marido. Fue lo que hizo ahora.

—Douglas, no deberías besarme con tanto salvajismo.

Douglas sonrió satisfecho porque le gustaba que Doris pusiese de manifiesto sus cualidades varoniles.

Por el contrario, Charles Power apretó los maxilares. Aquella mujer, Doris, le iba entrando en las venas poco a poco, y muy pronto le llegaría al cerebro y entonces no podría soportarlo. Deseaba con todas sus fuerzas apretar el cuello de Douglas hasta sacarle un palmo de lengua, pero no podía hacer eso porque Douglas era su jefe.

—¿Qué quieres, Charles?

—Acaba de llegar el tren de Tony Land.

—¿Está Gregory ahí fuera?

—No, señor. Ni estará.

—¿Por qué no?

—Se lo llevaron detenido.

—¿De qué me estás hablando, Charles?

—Fui a la estación a recibir a Gregory, como usted ordenó, y lo vi salir, pero el hombre que lo acompañaba no era Ralph, sino Ringo Martin, ya sabe, el sujeto del que nos habló Harry Bormann.

Pregunté a un viajero y supe lo que había pasado en el tren. Ringo Martin se cargó a tres hombres y uno de ellos fue Ralph. Está claro, señor Worcester. Ringo Martin detuvo a Gregory y lo ha llevado al *marshall*.

Worcester había escuchado atentamente. Su rostro se había ido poniendo rojo. Pegó un tremendo puñetazo en la mesa y el tintero saltó, derramando parte de su contenido.

—¿Cómo es posible?

—Harry Bormann ya nos puso en antecedentes. Ringo Martin es de la piel de Satanás.

—¡Estoy harto de mandar al infierno a tipos con la piel de Satanás!

—Tendrá que hacerlo con éste, y debe ser rápido porque ya sabe que el *marshall* no está de nuestra parte.

—Lo estará.

—Le he insinuado un par de veces lo que podría ganar si protegiese ciertos intereses y siempre me ha despachado sin vacilar.

—Todo hombre tiene su precio.

—No sé hasta qué punto es cierto.

—No sabes nada de la vida, Charles.

Power se sintió lleno de ira. Frecuentemente Douglas se metía con él y con su inexperiencia. Estaba harto, pero tenía que soportar a Douglas Worcester hasta que viese las cosas claras.

—Iremos a ver al *marshall*, Charles.

El marshall Alain Moth frisaba los cincuenta y cinco años y era de cabello y bigote gris.

Gregory Bardolf estaba gritando.

—¡Fue una detención arbitraria, *marshall*! Usted me conoce perfectamente. Soy abogado y sé hasta dónde puede llegar un ciudadano en el ejercicio de sus derechos.

—¿Quiere dejarme hablar, Gregory?

—Hágalo, pero no se meta en líos, *marshall*.

—¡No me amenace, Gregory! Yo conozco también mis obligaciones.

El *marshall* clavó los ojos en el rostro de Ringo Martin, quien estaba acompañado por Tony Land.

—Señor Martin, si usted no presenta pruebas contra Bardolf, yo no puedo retenerlo contra su voluntad.

Tony Land le ha explicado el asunto.

—Oh, sí, que hay un Sindicato dirigido por Douglas Worcester. Que quiere apoderarse de su ferrocarril. Que Worcester pagó a una pandilla de forajidos para coaccionarles, que Gregory Bardolf es el representante del Sindicato…

Gregory Bardolf se echó a reír.

—Nunca habrá oído tantas barbaridades, ¿verdad, *marshall*?

—Quizá no lo sean.

—¡Protesto!

—Está claro que el ferrocarril de Tony Land ha sufrido muchos asaltos durante los últimos meses.

—¡No tengo nada que ver con eso! Y usted tampoco puede relacionar al señor Worcester con los asaltos. ¿O es que también nos va a echar la culpa de los asaltos de Jesse James?

—No se vaya por las ramas.

—¡Es usted el que se va, *marshall*!

La puerta se abrió bruscamente y entró Douglas Worcester seguido de su hombre de confianza. Charles Power.

—¿Qué diablos pasa aquí, *marshall*?

—¿Conoce a Tony Land, señor Worcester?

—No, no le conozco, pero sobran las presentaciones. Esto es muy desagradable, *marshall*. Mi empleado, el señor Power, me informó que mi abogado, el señor Bardolf, estaba detenido.

—Le diré cuáles son los cargos.

El de la chapa contó lo que había sabido por boca de Tony Land.

Worcester escuchó en silencio, y cuando el representante de la ley hubo terminado, rompió a reír.

—Es la cosa más insensata que he oído en mi vida. Tengo mucho dinero, *marshall*. Para decir verdad, tengo millones. ¿Cree usted que un hombre como yo se puede aliar con un forajido como Harry Bormann? Naturalmente, me interesan los negocios. Admito que compraría el ferrocarril, como también compraría las minas de cobré de Jane Morgan, pero mi forma de proceder es absolutamente legal. Yo hago una oferta, y si es rechazada, procuro mejorarla. Y si la otra parte insiste en negarse a vender, busco el negocio en otra parte. Todo lo que haya podido pasarle a ese tren no tiene nada que ver conmigo ni con Gregory Bardolf.

El *marshall* dio un suspiro.

—¿Tienes pruebas, Tony?

—No.

—Entonces, puede marcharse, Gregory.

Ringo se puso delante de Worcester.

—¿Está satisfecho?

—Claro que lo estoy. Se iba a cometer una injusticia con Gregory y he llegado a tiempo para impedirla.

—Debo felicitarle. Sabe hacer bien las cosas.

—Procuro hacerlas.

—¿Ha cometido alguna vez un fallo, señor Worcester?

—Nunca.

—Ya lo cometió aquí.

—No le entiendo.

—Gregory habría salido libre sin necesidad de su presencia, señor Worcester. Al venir a la comisaría, ha dejado completamente aclarados los problemas. Usted pagó a Bormann y es el responsable de los atentados de que ha sido objeto el ferrocarril de Tony Land.

—Pruébelo —sonrió Worcester.

—Lo probaré de una forma que a usted no le va a gustar.

—¿Sacando aquí el revólver y pegándome un tiro?

—Entonces cometería un homicidio. No, Worcester, no voy a hacer tal cosa, pero le mataré.

Worcester gritó:

—¿Ha oído eso, *marshall*? ¡Este hombre me está amenazando con la muerte!

El de la estrella se levantó.

—Ringo, no le consentiré una palabra más contra el señor Worcester. ¡Salga de aquí!

—Sí, *marshall*. Ya me voy.

Ringo se dirigió hacia la puerta con Tony, pero antes de salir volvió la cabeza y dijo:

—Usted me va a dar la oportunidad para que pueda disparar conforme a la ley, Worcester. Usted sólo se meterá en la trampa. Hasta pronto.

## CAPÍTULO XIV

—Amor mío, ¿has hecho ya el negocio de los millones? —preguntó la hermosa Doris.

—No, no lo he hecho —exclamó Douglas de mal humor.

—¿Qué pasó? ¿Todo se echó a perder?

—No, cariño, no se echó a perder nada. Sólo se trata de una demora.

Charles Power miraba con ojos divertidos a la joven. En cierto modo, se sentía satisfecho del fracaso de Worcester, aunque eso iba contra sus intereses, puesto que Worcester era su patrón, el hombre que pagaba su sueldo.

Doris enroscó los brazos en el cuello de Douglas.

—Quiero dar un paseo por la ciudad, amor.

—No puedo dar ningún paseo ahora.

—Así te despejarías.

—No necesito despejarme… Me encuentro perfectamente bien y he de emplear mi tiempo en preparar otro plan —sacó unos cuantos billetes—. Toma este dinero y ve tú sola. Cómprate lo que quieras.

—No me gusta pasear sola por ahí. Los hombres son muy atrevidos y se meten conmigo. Deberías darme una guardia personal.

Al tiempo que así hablaba, Doris fijó los ojos en el rostro de Charles Power. Éste, como siempre que le miraba ella, sintió un escalofrío en la nuca.

—Está bien, querida —gruñó Douglas—. Charles irá contigo.

—¿No le necesitas?

—De momento, no.

Doris le besó.

—Hasta luego, querido.

Charles se sintió obligado a decir algo en obsequio de su patrón:

—Señor Worcester, ¿no cree que debo quedarme para organizar el nuevo plan?

—Nadie me sirve en este momento porque nadie tiene una condenada idea. Todas las ideas han de brotar de mi cerebro —se golpeó la frente con el puño cerrado—. ¡Lárgate!

Charles soportó aquella nueva humillación y salió en pos de Doris.

Poco después, se encontraban en el pescante del carruaje.

Charles sostenía las riendas. Fueron a la calle Principal en silencio.

—Llévame a las afueras. Charles… Dejaré las compras para después. Ahora tengo ganas de respirar un poco de aire.

Tres millas más allá del pueblo corría un riachuelo con las orillas cubiertas de hierba.

—Párate junto a ese olmo.

Charles detuvo el carruaje donde ella había dicho.

—¿Me ayudas a bajar?

Charles saltó del pescante y le ofreció la mano a la joven, pero ella no quiso ver la mano y le ofreció la cintura.

Charles la tomó en sus brazos y la hizo descender Ella no se separó de él al poner los pies en el suelo Sus cuerpos estaban juntos.

—¿Por qué no me miras a los ojos, Charles? ¿Es que te doy miedo?

Charles la miró a los ojos.

—¿Te gusto, Charles? —murmuró Doris con una sonrisa picaresca.

—Sí, me gustas —contestó él, la voz enronquecida.

—Pruébalo.

Charles la besó. La apretó con fuerza terrible en la espalda. Ella echó la cabeza hacia atrás, haciendo una mueca de dolor.

—Eres un bruto.

—Si Douglas se entera de esto, me arranca la piel.

—Es posible.

—¿Qué te propones, Doris?

—Se admiten sugerencias.

—Está bien, Doris. Tú y yo huiremos.

—¿Me estás proponiendo el matrimonio?

—Sí, pero lejos de aquí y de Worcester.

—¿Con qué dinero cuentas?

—Con el que le pueda robar a Douglas.

—¿Y cuánto crees que le puedes robar?

—Conozco la combinación de la caja fuerte. En ella guarda unos veinticinco mil dólares.

—¿Y qué haremos nosotros con veinticinco mil dólares?

—Es casi una fortuna.

Doris besó con suavidad los labios de Charles.

—Eres un bobito.

—No me digas eso.

—Tengo que decírtelo porque lo eres. Podemos conseguir mucho más cuando me case con Douglas.

El rostro de Charles se atirantó.

—¿Qué clase de mujer eres tú?

—Una que se enamoró de ti, bobito.

—Entonces, ¿por qué diablos te vas a casar con Douglas?

—Para que podamos vivir felizmente el resto de nuestra vida.

—No te entiendo.

—Una mujer casada puede enviudar. ¿Y qué pasa con el dinero de su esposo? ¿No es lógico que lo herede?

—Sí, claro.

—¿No crees que Douglas puede morir? Tú mismo dijiste que era un anciano.

—Lo decía por despecho, pero debo reconocer que Douglas está fuerte y puede vivir veinte o treinta años más.

—A pesar de su fortaleza, tengo la impresión de que le sentará muy mal una ración de veneno. ¿Sabes que hago unos pastelillos que son sensacionales? Douglas es muy goloso. Suma dos y dos.

Charles esbozó una sonrisa.

—Sería formidable, Doris.

—Sabía que te gustaría te leyese el futuro.

Ella le besó otra vez y el la estrechó contra sí.

—Querido, será mejor que regresemos.

—Espera un poco más.

—No debemos ser imprudentes.

—¿Cuándo te volveré a tener en mis brazos, Doris?

—Quizá se presente alguna ocasión y la aprovecharé. Pero

recuerda que él no debe sospechar nada.

Charles se estremeció pensando en lo que Douglas Worcester haría con él si se enteraba de algo.

Regresaron al pueblo y Doris compró unas chucherías.

Ya hacía dos horas que se habían separado de Douglas cuando volvieron al hotel.

Douglas estaba en compañía de un hombre de unos cuarenta años, alto, de patillas largas, que vestía de oscuro.

—Querido —dijo Doris—, me he comprado unos pendientes y un collar. ¿Quieres verlos?

—Ahora no. Retírate a tu habitación.

—¿Por qué?

—Porque lo mando yo.

—Como quieras, amor.

La joven desapareció en su dormitorio.

Charles se había quedado mirando al hombre de oscuro.

—Hola, Bormann. Ya sabrás lo que se ha producido por tu fallo.

—No consiento que tú me censures, mequetrefe.

Charles quedó cortado ante la respuesta de aquel hombre con fama de pistolero y salteador.

Worcester rió.

—Charles, no deberías censurar a un hombre como Bormann.

—Sin embargo, falló —insistió Charles para salvar su amor propio.

—Todos nos equivocamos alguna vez. ¿No te has equivocado tú, Charles?

Power sintió los ojos de Douglas sobre los suyos y el corazón le dio un vuelco porque tuvo la impresión de que Worcester hurgaba en su cerebro buscándole hasta sus más recónditos pensamientos.

Charles sacó un pañuelo y se enjugó las palmas de las manos.

Douglas terminó aquella discusión con una sonrisa.

—Harry me ha prometido que rectificará el error que cometió en el desfiladero.

—Sí, señor Worcester, ya puede contar con ello.

—¿Dónde tienes tus hombres, Harry?

—En una posada, a cuatro millas de la ciudad.

—Estupendo, Harry. Has sido muy previsor. Ahora hay que pensar en qué punto descargarás el golpe.

—En la más débil, señor Worcester.

—¿Y cuál es la más débil, Harry?

—Jane Morgan.

—No está mal pensado. ¿Cuándo lo harás?

—En seguida.

—De acuerdo, Harry. Puedes empezar tu trabajo. Harry Bormann hizo un saludo a Worcester, dirigió una mirada fría a Charles y salió de la habitación del hotel.

Media hora más tarde llegaba a la posada.

Su brazo derecho, un mestizo que respondía al nombre de Sam Dull, le estaba esperando en la puerta.

—¿Cómo fue todo, Harry?

—Atacaremos inmediatamente.

—¿Cuál es el objetivo?

—Las minas de cobre de Jane Morgan.

—¿Cómo lo haremos?

—A tiro limpio y con dinamita. Acabaremos con todo lo que se oponga en nuestro camino. Fuego contra todo el que se resista. Hundiremos varias galerías con el explosivo. ¿Están los muchachos preparados?

—Hay un par de borrachos.

—Les dije que no bebiesen.

—Fue lo que les ordené, pero ya sabes que siempre hay quien se cree muy listo.

—Tráelos aquí.

Sam entró en la posada y poco después salía acompañado por dos hombres que apenas se tenían en pie, sucios, barbudos.

—Hola, jefe —dijo uno de ellos, y estuvo a punto de caer cuando levantó la mano hacia el sombrero.

Harry sacó con una velocidad escalofriante y se puso a gatillear.

Los dos hombres ebrios se apelotonaron en la puerta de la posada y entrechocaron, derrumbándose por fincada uno de ellos tenía tres agujeros en el pecho.

—Asunto arreglado, Sam —dijo Harry—. Ahora haremos el trabajo para Worcester.

—A propósito de Worcester. Me di una vuelta por ahí. Sólo me aparté media milla de la posada. Pero vi algo que me llamó la atención.

—¿A qué te refieres?

—A esa actriz que está con Worcester… Es una buena pieza… Estaba con el secretario de Worcester, Charles Power, en la orilla del río.

—¿Y qué hacían?

Sam rió malévolamente.

—Hacían mucho. Se besaban.

—¿Estás seguro?

—Les vi besarse tres o cuatro veces y cuando no se besaban hablaban.

—¿Entendiste algo?

—No, estaba demasiado lejos.

—Muy interesante, Sam, muy interesante.

# CAPÍTULO XV

Jane Morgan estaba en el almacén comprando provisiones cuando vio entrar a Ringo Martin, que se dirigió resueltamente hacia ella.

—He estado buscándola, Jane.

—¿Para qué?

—Quiero hablar con usted acerca del Sindicato de Worcester.

—¿Qué pasó con Gregory?

—Le tuvimos que soltar. No teníamos pruebas, y ya sabe cómo es la ley.

—De todas formas, hizo un trabajo meritorio, Ringo. Gracias a usted, el tren pudo llegar a Copper City.

—No sé si habrá servido de mucho. Suponga que Worcester continúa queriendo apoderarse de sus minas de cobre y del ferrocarril.

—Le salió mal la combinación y habrá desistido.

—No lo creo.

—El *marshall* Alain Moth es una buena persona. Estoy segura de ello.

—Yo también tengo esa impresión, pero no serviría de nada su honradez si Worcester pone toda su carne en el asador… Quería preguntarle a usted por los medios de defensa que tienen sus minas.

—¿Medios de defensa? Casi ninguno. Los mineros son trabajadores, no pistoleros.

—¿No contrató a algunos vigilantes?

—Tengo a dos, pero tampoco son *gun-man*. Saben defenderse con la pistola. Más que nada, hacen un servicio de vigilancia para evitar los robos en el campamento.

—Le echaremos una mano.

—Pero ustedes tienen que defender el ferrocarril.

—El tren ahora está detenido en la estación de Copper City y he llegado a la conclusión de que lo dejarán en paz hasta que emprenda otra vez el camino. En cambio, sus minas son vulnerables.

—¿Supone que Worcester atacará mi campamento?

—Entra en la lógica.

—No lo puedo admitir.

—Ojalá me equivoque, Jane, pero si no le importa, mis hombres y yo iremos con usted a las minas.

—Está bien, como quiera.

Había caído la noche.

Jane se había apartado del campamento, donde unos hombres cantaban junto a las hogueras antes de retirarse a las chozas donde tenían sus dormitorios.

—¿Qué hace aquí Jane?

La joven dio un grito mientras se volvía.

Era Ringo Martin.

—¿La he asustado, Jane?

—Sí.

—Lo siento. Pero la vi de lejos y me acerqué para pedirle que no se aleje mucho del campamento.

—¿Sigue pensando que nos van a atacar?

—Desde luego.

—No creo que lo hagan.

La joven se sentó en una piedra. Ringo se había quedado a un par de metros.

Jane cogió unos guijarros y se entretuvo en tirarlos a lo lejos. De pronto dijo:

—¿Continuará siendo un aventurero?

—Cada uno nace para realizar una misión en la vida. —Y usted cree que la suya es arriesgar constantemente la piel—. Eso parece.

—Sólo piensa en puñetazos y en duelos con revólver y rifle.

—No siempre.

—¿Y en qué piensa, en esas otras ocasiones?

—Par ejemplo, en mujeres.

—¿Tiene muchas mujeres?

—No me puedo quejar.

—Qué desfachatez. ¿Todas son iguales para usted? Sólo debe conocer a cabareteras.

—Me bastan.

—Y el día menos pensado se casará con una de ellas. —Para eso tendría que enamorarme.

—¿No se ha enamorado nunca?

—No.

—¿Y cuándo sabrá si se ha enamorado?

—No tengo experiencia a ese respecto. Pero podría aconsejarme. Le agradecería las lecciones.

—¿Otra vez intenta tomarme el pelo?

—Le aseguro que no. Le he hecho mi petición con verdadero interés.

Jane dejó correr unos segundos y arrojó otros dos guijarros lejos de sí.

—No creo que le sirva lo que yo pueda decirle, señor Martin.

—¿Por qué no?

—Porque el amor es un sentimiento muy especial.

—¿Ah, sí?

—Claro.

—Pero existirá una línea general. ¿Qué se siente cuando se está enamorado?

—Verá… En primer lugar, se siente un enorme deseo de estar constantemente al lado de la persona que se ama.

—¿Qué más?

—La proximidad.

—¿Qué proximidad?

—Si uno está enamorado, desea que la persona a la que se ama esté lo más próxima posible.

—Ya.

Ringo dio dos pasos hacia la joven.

—¿Qué más?

—Pues… —la joven se levantó—. Váyase al infierno.

—¿Qué?

—He dicho que se vaya al infierno. Déjeme en paz. ¿Cómo quiere que le diga lo que hace una persona enamorada?

—No pensé que se molestaría.

—No me ha molestado.

—Entonces, ¿por qué pega gritos?

—¿Quién pega gritos?

—Usted… Tiene un genio de mil diablos… Habla de mí, pero yo puedo hablar de usted.

—¿Y qué puede hablar de mí?

—Que usted nunca se enamorará de un hombre.

—¿Y por qué no me voy a enamorar nunca?

—Porque es una pantera, recuérdelo.

—¡Soy una mujer!

Así diciendo, Jane saltó sobre Ringo con las manos por delante, igual que zarpas.

Ringo se echó hacia atrás mientras la atrapaba por las muñecas, pero ella llevaba mucho impulso y los dos rodaron por el suelo.

Ringo dio una vuelta haciéndola rodar a ella.

La joven soltó unos gruñidos y respiró entrecortadamente.

Ringo apartó su cara de la de ella.

—¡Ya estoy cansada de sus salvajadas, señor Ringo Martin!

—Estoy enamorado de usted.

—¡Le voy a romper el cráneo! —Ella se quedó con la boca abierta—. ¿Qué es lo que ha dicho?

—Nada, no he dicho nada.

—¿Ya se arrepintió? ¡Acaba de decir que está enamorado de mí!

—Fue un momento de idiotez.

—Ah, de ninguna forma se lo consiento. Usted ha dicho que está enamorado de mí, y ahora mismo lo va a repetir con todas las letras. ¿Lo oye bien? ¡Con todas las letras!

—Ni lo piense.

—¿Sabe que le podría demandar ante un tribunal?

—Qué tontería.

—No es ninguna tontería. Conozco un caso, el de Rosanna Pemborke contra Valentín Millan… Y el juez falló a favor de ella. Valentín Millan tuvo que indemnizarla por incumplimiento de promesa de matrimonio.

—¿Quién habló de matrimonio aquí?

—Tampoco habló concretamente de matrimonio Valentín Millan a Rosanna Pemborke.

—Ese juez debía estar chiflado.

—Era un juez justo, porque se dio cuenta de quién era la parte

más débil.

—Si se hubiese dado cuenta de quién era la parte más débil, habría absuelto al hombre. Está claro que al pobre Valentín Millan le tendieron una trampa.

—Y según usted, no pudo tendérsela otra persona que Rosanna Pemborke.

—Exacto.

—Me produce usted tristeza, señor Martin. Sí, me da mucha pena —había un hondo dramatismo en la voz de Jane—. Usted es uno de esos hombres que está dispuesto a destruir a la noble familia americana. Si de usted dependiese, nuestro país volvería a la Edad de Piedra.

Ringo la miró con la cabeza ladeada.

—Oiga, Jane, ¿he soltado yo tanto rollo?

—Señor Martin, la mayoría de las veces decimos cosas con unas simples palabras, porque detrás de ellas hay todo un mundo de ideas.

—Siga, y dentro de poco me hará culpable de las guerras indias. ¡Yo no he dicho tantas cosas como usted asegura! Aquí sólo se ha hablado de amor. Sólo de eso.

—Señor Martin, me está aplastando y da la casualidad que tengo una piedra en la espalda, y me la estoy clavando desde hace un rato.

—Disculpe —dijo Ringo, y se apartó de la joven.

—¿No me va a ayudar a levantarme?

—Tal como está poniendo las cosas, si la ayudo, me va a acusar de incumplimiento de promesa de matrimonio.

Jane se levantó por sus propios medios. Otra vez estaba llena de furia, como lo pregonaban sus ojos.

—Señor Martin, quiero que abandone mi campamento.

—Vine aquí para ayudarla.

—¡Ya no quiero su ayuda! ¡Le ordeno que salga, que se marche! Además, se equivocó. No nos atacarán, y, aunque así fuese, prefiero defenderme por mí misma Lárguese de una vez.

—De acuerdo, me voy.

—¡Y quisiera que no hubiese venido nunca!

Ringo se rascó detrás de una oreja.

—Señorita Morgan, tengo la impresión de que soy el culpable de

esta situación porque usted se ha enamorado de mí.

—¿Yo de usted?… ¡Cáigase muerto!

—Bueno, entonces no hay más que hablar.

—¡Ni una palabra!

Ringo se dirigió en busca de sus compañeros.

—Nos vamos —dijo.

—¿Qué pasa, Ringo? —preguntó Tony Land.

—Ya te lo contaré por el camino.

Poco después, Ringo, Tony, Félix y Gil abandonaban el campamento.

Jane les vio alejarse y entonces cogió una piedra la arrojó con fuerza contra un árbol.

Un hombre salió por detrás del tronco.

—Eh, nena, por poco me pega.

—¿Quién es usted?

—Harry Bormann, dulzura.

## CAPÍTULO XVI

Jane Morgan se mordió el labio inferior.

Giró la cabeza hacia el lugar por donde había visto desaparecer a Ringo y a sus compañeros.

—No grite, monada —dijo Harry Bormann—. Tengo una pistola en la mano y, si pide auxilio, le meto una bala en sus bonitas tripas.

—¿Cómo sabe que son bonitas?

—¿Eh?

—No las tengo al descubierto.

Harry Bormann rió.

—Eso fue ingenioso, señorita Morgan.

—¿Qué ha venido a hacer aquí?

—Vamos a hacerle un arreglito a sus minas.

—Tengo muchos hombres para impedirle eso.

—Que se opongan y sabrán lo que es bueno.

—¿Les matará?

—No dejaré uno para contarlo.

—¿Qué le he hecho yo, señor Bormann? ¿Por qué la tiene tomada con mis minas?

Harry Bormann volvió la cabeza y dio un silbido. Sus hombres salieron de la oscuridad. Eran no menos de veinte.

Jane sintió que la sangre se helaba en sus venas.

—Espere un momento, señor Bormann. Se me olvidó decirle que el *marshall* vendrá de un momento a otro.

—¿Ah, sí?

—Me dijo que me haría una visita esta noche.

—Es usted una ingenua, señorita Morgan. El *marshall* está en su oficina de Copper City. La única ayuda que podía haber encontrado es la de ese entrometido de Ringo Martin, pero ya se fue.

—Volverá.

—No, señorita Morgan. Escuché la última parte de su diálogo. Ustedes acabaron mal su entrevista.

Jane sintió unos grandes deseos de llorar. Todos sus esfuerzos habían resultado inútiles. Aquellos forajidos estaban dispuestos a todo.

—Usted obedece órdenes de Worcester, señor Bormann.

—Es posible, pero ya basta de diálogo. Vamos a hacer nuestro trabajo. —Volvió la cabeza hacia sus hombres—: ¡Que se adelanten los de la dinamita!

—Espere, señor Bormann —dijo Jane.

—No puedo esperar.

—Me rindo.

—¿Qué?

—No puedo consentir que ustedes maten a mis hombres. Venderé antes que consentir una masacre.

Harry Bormann lanzó una carcajada.

En aquel momento se produjo una descarga.

Muchos forajidos cayeron bajo el impacto de las balas.

—¡Al suelo, Jane! —oyó gritar la joven a Ringo.

Ella se dejó caer en tierra.

Harry Bormann tiró del revólver.

Vio frente a él a Ringo Martin y se dispuso a disparar, pero Ringo hizo fuego antes.

Harry se tambaleó cuando disparaba y por eso su bala no llegó a su objetivo. Por el contrario, Ringo lo volvió a alcanzar.

Harry cayó de espaldas.

Tony Land, Gil Moore y Félix Malone estaban haciendo fuego con los rifles, parapetados tras los árboles.

Los forajidos, sorprendidos por los del ferrocarril, no habían tenido tiempo para rehacerse y estaban cayendo como chinches.

El brazo derecho de Harry, el mestizo Sam Dull, al ver que se habían quedado sin jefe, gritó:

—¡Retirada, muchachos!

Pero sólo cinco hombres pudieron ir detrás de él, porque los demás estaban muertos o heridos.

Douglas Worcester besó en el cuello a Doris.

—Hoy será el gran día.

—Douglas, son ya las diez de la noche.

—Pero el día no terminará hasta las doce.

—Sí, eso es verdad. ¿Y qué va a pasar, amor mío?

—Que conseguiré todo lo que me propuse cuando llegué a Copper City. Tendré las minas de cobre de Jane Morgan y, al cabo de un rato, caerá en mi poder el ferrocarril.

—Eres astuto, querido.

—Siempre lo he sido, y por eso llegué a la cumbre.

La puerta del salón donde se encontraban se abrió violentamente. Un criado estaba en el hueco y su cara estaba muy roja.

—Tim, te voy a cortar el pescuezo por entrar así —dijo Douglas.

—Perdone, señor Worcester, pero me obligaron.

El mestizo Sam Dull entró en el salón. Estaba Lleno te barro y de sudor.

—Señor Worcester, han matado a Harry Bormann. Douglas se quedó sin habla y Sam Dull prosiguió:

—Fue Ringo Martin. Nos sorprendió cerca del campamento minero.

—Pero habrán quedado muchos hombres.

—Casi ninguno.

—¿Cómo?

—Sólo seis… Nos vamos, señor Worcester.

—¿Qué infiernos estás diciendo, Sam?

—No podemos hacer frente a Ringo y a los suyos.

—Vosotros os quedáis.

—Lo siento, señor Worcester, pero es nuestra piel.

Doris no quiso escuchar más. Se deslizó por el hueco de la puerta y corrió hacia el despacho.

Charles estaba allí poniendo en orden algunas cuentas. Al verla entrar demudada, se levantó.

—¿Qué pasa, Doris?

—No podemos esperar a mis pastelillos… Todo le salió mal a Douglas. Ringo Martin y los suyos se han cargado a Harry Bormann y a casi todos los forajidos. Coge los veinticinco mil dólares de la caja fuerte. Nos largaremos antes de que sea demasiado tarde. Douglas tiene las horas contadas. O quizá sean minutos.

Charles se dio mucha prisa en abrir la caja fuerte.

En aquel momento se oyó la voz de Douglas:
—¿Qué vas a hacer con ese dinero, Charles?
Charles se volvió bruscamente.
Douglas tenía un revólver en la mano.
—Sólo quería sacar unos documentos para hacer la contabilidad, señor Worcester.
—Te ibas a llevar el dinero.
—¡No, señor Worcester!
—Y algo más. A la mujer que yo elegí para mí.
—¡No, señor Worcester!
—Eres un gusano. ¿Por qué no mantienes el tipo? Te enamoraste de ella… Sam Dull me lo acaba de contar todo. Os vio durante vuestro paseo por la pradera. Charles estaba tan pálido como un muerto.
—Verá, señor Worcester… Fue culpa de ella… Eso es… Doris me sedujo.
—Qué pena —dijo Worcester, y apretó el gatillo. Charles recibió el plomo en el estómago y chocó contra la pared. Allí desorbitó los ojos y abrió la mano dejando escapar los fajos de billetes. Luego se derrumbó.
Doris se había quedado sin habla.
Worcester la apuntó con el revólver.
—¡No, Douglas, no!
—¿Qué tienes que decir en tu descargo, cariño? ¿O fue culpa de Charles? ¿Que él te sedujo?… Sois tal para cual, y no quiero privaros de la alegría de morir juntas.
Se produjo un estampido. Sin embargo, no era el revólver de Douglas el que se había disparado.
Ringo había aparecido por una puerta adyacente, y era su «Colt» el que humeaba, porque de él había salido la bala.
Entre los dos ojos de Worcester brotó un agujero del que salió un hilillo de sangre.
El ambicioso Douglas estaba muerto antes de tocar el suelo.
Por detrás de Ringo apareció el *marshall* Alain Moth.
Doris se tambaleó a punto de desmayarse, pero logre apoyar sus manos en la mesa.
—*Marshall*, soy inocente —dijo.
—Le tomaré declaración porque usted sabe muchas posas y

luego la dejaré en libertad. Tenemos que encarcelar a Gregory. Colabore.

La joven dio un suspiro mientras dirigía una mirada al cadáver de Douglas y al de Charles.

—Para no variar, seguiré interpretando tragedias de Shakespeare.

—Me lo va a repetir con todas las letras, ¿lo entiende, Ringo Martin? ¡Con todas las letras!

—Tranquilícese, señorita Morgan.

—Yo estoy la mar de tranquila y no necesito sus consejos.

—Muy bien, entonces haremos la experiencia.

—¿Qué experiencia?

—Usted habló de lo que una persona sentía cuando está enamorada. Quiero saber qué es lo que siento yo.

Jane puso los brazos en jarras.

—Empiece, señor Martin.

—Con permiso —dijo él.

Le pasó el brazo por la cintura y tiró de ella violentamente.

—Con esos modales, no va a saber nada, señor Martin. Un poco más fuerte y me rompe la espina dorsal.

—Siempre he sido violento.

—Pues hágalo con un poco más de dulzura.

—Bien, lo intentaré.

—Continúe.

Ringo apretó los labios contra los de ella.

—¿Qué tal? —preguntó Jane, cuando él apartó su cara.

—Nada.

—¿Cómo?

—Que nada. Que estoy como antes.

—Espere un momento, señor Martin.

Jane le echó los brazos al cuello y le besó con los labios entreabiertos. Cuando se separaron, ella repitió:

—¿Qué tal?

Martin se quedó inmóvil durante unos instantes y, de pronto, cogió a Jane en brazos y echó a correr mientras gritaba:

—Tony, llévame al juez a la *suite* del hotel… ¡Date prisa!…

FIN